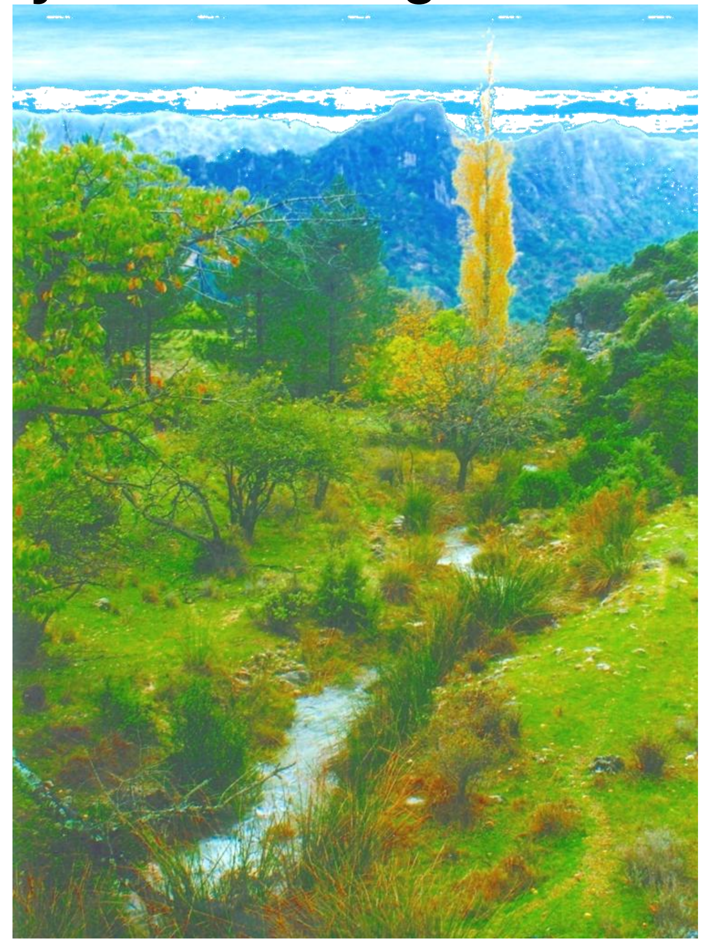
El valle de los abetos de cristal
y las tres amigas rusas



José Gómez Muñoz

El valle de los abetos de cristal
y las tres amigas rusas

INDICE

El valle de los abetos de cristal
y las tres amigas rusas

Esta sencilla historia está basada en un hecho real aunque

los escenarios y, algunos personajes, son recreación literaria.
Y el contenido del relato queda
resumido en estos cinco versos:
Que no hay países ni fronteras
sino personas y corazones
que vamos por la Tierra
buscando sueños y flores
y amigos que nos quieran.

6 de diciembre: La cañada de los charcos largos

Luego te contaré, Sinombre, en cuanto me lo refiera ella a mí, lo que le ha pasado a la niña con sus tres amigas rusas. Ninguna cosa mala pero nada bueno y por eso anda preocupada. Te adelanto ahora mismo dos pinceladas. La niña nuestra cree que sus amigas le han retirado la amistad y no sé hasta dónde será cierto. Pero yo creo ciegamente en la ternura del corazón de nuestra niña. Muchas veces he oído decir ya que los niños, igual que vosotros los animales, tienen un sentido especial para intuir las cosas. Y sobre todo para captar la bondad, el odio o el amor que hay en el corazón de las personas. Y la niña, en la fragancia de su corazón, creo que ha intuido que estas tres nuevas amigas que ahora tiene parece que, sin ningún motivo, van a irse de su lado. Y

me preocupa a mí verla a ella triste. ¿Por qué pensará que estas tres nuevas amigas no se comportarán con ella noblemente y la van a traicionar? ¿Acaso cree ella que las tres muchachas rusas no son nobles y buscan solo aprovecharse de las personas para sacar beneficio? Quizá por el disgusto que tiene ayer me dijo:

- Quiero que me llevéis a la parta alta de la cascada blanca. Al valle de los abetos de cristal.

Y sin pensarlo dos veces le respondí yo:

- Ahora mismo te llevamos nosotros a esos charcos largos por donde se remansan las aguas que se derraman por la cascada blanca.

Y a la niña nuestra, fue solo oír mi respuesta, y se le transformó la cara. Ayer tenía ella hambre de no sé qué y necesitaba que nosotros la lleváramos a esos lugares de cascadas inmaculadas. Y quiero decirte que sabía bien lo que quería. Porque esos territorios altos, tapizados de montes y cumbres plateadas, son impresionantemente hermosos. Por ahí el silencio es tan puro que hasta la hierba se oye crecer y es tanta la transparencia que hasta la luz del sol se refleja en ella. Y con la fina capa blanca que ayer cayó sobre las cumbres, la cañada por donde se remansan los charcos, parece el edén que eternamente estamos soñando.

Se lo dijimos al ancianito, como pidiéndole permiso, y nos contestó él:

- Id vosotros a donde tengáis pensado que a mí no me importa quedarme solo en mi cortijo. Que os lo paséis bien y, si podéis, me traéis de allí unas ramas de los abetos de cristal. Es también, ese rincón para mí, espejo donde muchas veces vi el cielo reflejado.

Y rápidamente le preguntó:

- Pero los árboles que por allí crecen, a mí siempre me ha dicho mi madre y amigos, que son verdes. Como los demás árboles que se crían en las montañas de la tierra entera. ¿Dónde encontraremos nosotros los abetos de cristal que dices para traerte las ramas que nos pides?

Y brevemente le aclaró el ancianito:

- A lo largo de mi vida, miles de veces he soñado, que en alguna ocasión iría por ese valle una niña y en los días antes o en la noche de Navidad misma, todos los abetos de ese valle se convertirían en cristal. Yo lo he visto en mis sueños y te puedo asegurar que no hay nada más hermoso en esta tierra que ese misterioso bosque de abetos convertidos en transparencias. Así que si lo he visto tantas veces en mis sueños seguro que tienen que existir de verdad. Los sueños nunca engañan y, lo que presiente el corazón de una niña como tú, menos.

Le agradecimos al ancianito su apoyo y explicación y nos preparamos para salir hacia el valle de los charcos largos. A primera hora de la tarde los cinco partíamos del Cortijo del Laurel por la sendilla que sube trazando curvas. Sobre ti, se montó la niña y, agarrado a tu rabo, subía yo. Y detrás de mí, caminaba el caballo Enebro con el amigo de la niña. Silenciosos ellos y confiando en nosotros. Tú caminabas sereno y firme con tus ojos puestos en la blancura de las altas cumbres y, de vez en cuando, te parabas para comerte las mejores matas de hierba que la tierra ha criado al borde del camino. Crece por ahí muy fresca y alta la hierba y las encinas tienen muchas bellotas. Por entre las jaras prosperan las setas, preciosas matas de musgo verde tapizan las rocas y hay muchos robles con sus hojas ya pintadas de oro y fuego. Los robles de la umbría, ahora que va llegando el invierno, se tiñen de colores tan bellos que hasta dan ganas de coger puñados de hojas y comérselas. Y la niña se daba cuenta de ello y por eso nos decía:

- Luego, al volver, me tenéis que cortar unos ramos de estos árboles para adornar mi habitación. Es verdad que la Navidad la tenemos a dos pasos y quiero decorar mi aposento con algo nuevo, bello y natural.

Y le decía yo a ella:

- Al volver te cortamos los mejores ramos de las ramas de estos robles teñidos de oro. Porque es cierto que en sus hojas está la

Navidad reflejada y, en sus colores, los del invierno y los de tu alma.

Y guardaba silencio sin dejar de pensar en la preocupación que ahora tiene ella por lo de sus tres amigas. No quería averiguarlo pero ya sabes tú lo que a mí me afecta ver a nuestra niña con algún disgusto causado por las personas que nos rodean. Por eso, al final, no pude aguantar más y le pregunté:

- ¿Te han hecho algo estas muchachas y nosotros no lo sabemos?

Tal como iba subida en tu lomo, me miró con dulzura y me pareció notar que se estremecía. Tardó unos minutos en responder y cuando lo hizo me dijo:

- Tengo que contártelo despacio. Lo he visto vivo en un sueño que he tenido y no me ha gustado nada.

Le pregunté en seguida:

- ¿Acaso te tratan mal por algo que le hayamos hecho nosotros sin saberlo?

Me respondió muy despacio:

- Te tratan mal a ti y al ancianito y a mí y a nuestro borriquillo y a todos los que por aquí las hemos acogido y, sin reservas, les estamos dando el mejor cariño.

Y mucho más interesado le inquiría:

- ¿Pero qué ha pasado o qué es lo que has visto en ese sueño?

La niña nuestra guardó silencio. La miré a los ojos y vi que de ellos

le brotaban lágrimas y entonces comprendí que no debía presionarla más. También percibí que sentía un gran cariño por estas tres muchachas y por eso le dolía que la hubieran herido.

Y al asomar a la lomilla vimos la cañada por donde vienen remansados los charcos en busca de la cascada. Nos paramos frente a ellos y, durante largo rato, los miramos sin prisa y en silencio. Para gustarlos más intensamente y en calma. Y tú lo viste como yo: la niña se emocionó tanto que, como un rayo, se bajó de ti, salió corriendo sendilla abajo y, con sus brazos abiertos, parecía que se iba a comer todos aquellos espejos claros. Te dije emocionado:

- Este es el cielo, Sinombre. Este es el alimento de nuestros corazones y, creo en lo que nos ha dicho el ancianito, que en ninguna otra parte del mundo, existe un paisaje tan sereno y bello.

No sé si me entendiste pero sí noté que también te entusiasmabas y por eso te pusiste a rebuznar. Como si te alegraras de la alegría de ella o como si a ti también te gustara la transparencia de los charcos largos que llenan la cañada. Los dos y Enebro, con el niño sobre su lomo, seguimos bajando detrás de la niña y, antes de llegar a las aguas, caímos rendidos. Se vino ella a nuestro lado y mirándose en tus ojos y en los míos nos dijo:

- Esta noche por aquí nos quedamos. Hacemos una cabaña de monte y ramas y dormimos junto a las aguas. Quiero enterarme y

empaparme de la transparencia especial de esta cañada y de los abetos de cristal que nos ha referido el ancianito.

Y me pareció a mí muy bien lo que ella me proponía. Por eso me quedé allí quieto a su lado como esperando algo que ni sabía qué. Me lo confirmó ella cuando me dijo:
- Yo ya quiero mucho a mis tres amigas rusas. Tanto que por eso deseo que este año se vengan con nosotros a celebrar la Navidad. Pero al mismo tiempo también estoy muy preocupada.
Y le pregunté yo:
- ¿Por qué estás preocupada?
Me respondió ella:
- Tengo miedo que un día ellas se vayan de mi lado y me dejen sin su cariño. Las echaré mucho de menos y me quedaré muy triste. Ellas son tan buenas y tan cariñosas conmigo que, al mismo tiempo que las quiero, siento mucho miedo. Me dejarán muy triste si me retiran, para siempre, su cariño. No sé si tú entiendes lo que siento y pretendo decirte.
Y le respondí yo:
- Lo entiendo. Y ahora mismo solo puedo decirte que no te preocupes tanto. Es verdad que ellas tendrán que irse, al acabar este curso porque están aquí en España para estudiar traducción solo por un año, pero a lo mejor, al marcharse, nos llevan en sus corazones para siempre y eso será bueno para que tú no te

entristezcas tanto.

Y en seguida me preguntó:

- ¿Y lo que he visto en mi sueño?

Le respondí:

- Luego, cuando encontremos un buen momento, me lo cuentas y vemos hasta donde hay motivos serios para que te preocupes tanto por lo que has percibido en tu sueño.

Y guardó silencio la niña nuestra y yo me quedé allí quieto a su lado.

7 de diciembre: Noche junto a los charcos del río

A solo unos metros de las aguas del charco alargado monté yo la tienda. La redonda en forma de iglú para que dentro de ella se refugiara y durmiera la niña y su amigo del río. Y junto a la tienda de campaña que monté para ellos puse la mía. La pequeña y alargada en forma de túnel donde muchas veces me he refugio cuando voy por las montañas. Y, antes de que se fuera la tarde entre las dos pequeñas tiendas, preparé y encendí un fuego. Una pequeña lumbre con ramas y troncos secos para ayudarnos del frío de la noche. Y mientras, junto a la lumbre contemplábamos las estrellas en el cielo, la redonda luna y, en las aguas del charco largo, las llamas del fuego cabrioleando, fuimos preparando para

comer algo antes de acostarnos. Nueces de las nogueras del Cortijo de la Viña, pan de trigo verdadero también del mismo cortijo, algo de la matanza y frutos de los nuestros. Entre ellos las deliciosas mandarinas que ya están bien maduras. Las del naranjal de la Cañada del Agua.

Y de vez en cuando la niña nuestra calentaba sus manos en las llamas y me decía:
- ¡Si esta noche por aquí se nos aparecieran el pastor de las cumbres y la Princesa y el caballo Bandolero!
Pensaba yo lo mismo y por eso, de vez en cuando, miraba para la curva del río y las altas montañas. Como esperando que, de un momento a otro, lo que la niña soñaba, por algún lugar de estos emergiera. Y de vez en cuando le respondía yo:
- ¡Sería precioso si se hiciera real lo que estás diciendo y sueñas!
Tú y Enebro tranquilamente comíais hierba por las tierras llanas de la ancha pradera junto a los charcos largos de las aguas del río. A la luz de la luna y empapados del rocío de la noche y delicadamente decorados por las llamas de la lumbre. De nuevo me decía ella:
- ¡Y si al amanecer mañana todo este valle estuviera sembrado de abetos de cristal, frágiles y blancos…!
Miraba yo a la niña y en su cara y en sus manos veía el color de las llamas reflejado. En las brasas yo iba asando los trozos de

chorizos y sobre la hierba fresca los iba poniendo. Y partía trozos de pan cuando de nuevo me volvió a decir:
- La Navidad se acerca y este año, si mis tres amigas se quedan con nosotros para celebrarlo, yo estoy pensando que, en este rincón del río y junto a los charcos largos, todos unidos podíamos vivir estas fiestas. ¿A que sería como un sueño realmente mágico?

Y le repetía yo a ella que sí, que lo que soñaba, podría ser muy bonito. Y en ese momento se oyó el canto de un cárabo y a continuación el de un mochuelo. Las danzas de las llamas de la lumbre nos saludaban calurosamente mientras, lentamente, comíamos. Como suspirando me volvió a decir:
- Pero no dejo de pensar en el sueño que he tenido con estas tres muchachas. ¿Es ahora un buen momento para que me escuches y te lo cuento?
Y le respondí:
- Mejor mañana, cuando salga el sol nos sentamos sobre la hierba frente al río y, mientras tú me narras tu sueño, yo te escucho y lo escribo en mi cuaderno. Quizá sea bueno que se lo descubramos luego a tus amigas. Para que ellas también lo sepan por si acaso les sirve para algo. Y si no les sirve para nada me apetece dejarlo recogido en mi cuaderno. Ellas han empezado a formar parte de las sencillas cosas nuestras y por eso quiero dejarlo escrito. Por si

acaso algún día se nos borran del pensamiento que nos los recuerden los documentos.

8 de diciembre: Meditando la Navidad

Hoy he madrugado más que vosotros. Más que Enebro y que tú y más que la niña y su amigo que, a las nueve de la mañana, todavía duermen en la tiendan redonda que yo les he regalado. Al borde mismo de las aguas del charco alargado, sobre la hierba fresca y el calorcito de la lumbre que en la puerta arde. Yo acabo de echarle leña al fuego para que se aviven sus llamas y calienten un poco más. Para que la niña y su amigo, cuando ahora se levanten, tengan una buena hoguera donde calentarse. Tú y Enebro no tenéis mucho frío, aunque sí, porque ahí os veo tranquilamente en el centro del prado. Y os veo contentos.

Se está abriendo el nuevo día de hoy, ocho de diciembre y por eso fiesta de la Inmaculada, y yo también estoy contento. A la niña nuestra a ti y al ancianito y a todos los del Cortijo de la Viña tengo que contaros algo muy importante que os va a gustar mucho. Me he alegrado yo y por eso estoy deseando de contárselo a la niña. Y hoy es un buen día para compartir con ella esta interesante noticia. Porque es la fiesta de la Inmaculada y porque ya estamos

celebrando la Navidad y, este año, de una forma muy especial. Ya ves tú, en este valle de los charcos largos, por donde los bosques de abetos y las cumbres blancas. Estoy contento y, por eso, antes que nadie me he levantado. Y después de avivar la lumbre, echando en ella un par de troncos secos y ramas, me he venido a la parte alta de la pradera. Frente a los charcos por donde se encuentra instalada la tienda donde duerme ella. Y sobre una roca grande me he sentado. Mirando al valle y a la ciudad de Granada y al Cortijo del Laurel y al de la Viña. Y adivino allá en la ciudad de Granada la fiesta que hoy están celebrando. Ya te he dicho que es el día de la Inmaculada y por eso, ayer mismo, inauguraron la iluminación de la Navidad. Desde este valle nuevo vimos nosotros el resplandor de las luces que han puesto en las calles para recibir a la Navidad. Estas son algunas de las cosas que preparan las personas para celebrar la gran fiesta. Y nosotros, ya ves, como siempre al margen y en otro mundo.

Pero, ya te decía, hoy estoy contento y no necesito ni las luces que por la ciudad han puesto ni otras cosas. Estoy alegre por este nuevo día y de que la niña nuestra y su amigo duerman junto a las aguas del charco. Y también de que haga frío y la hierba amanezca toda cuajada de rocío y de las noticias que tengo de las tres rusas amigas de la niña y de lo que ayer me encontré por entre los abetos. Al lado de arriba del amplio valle, antes de la nieve de

las cumbres y por donde los charcos comienzan a remansarse. ¿Que quieres saber lo que ayer me encontré por ahí? Casi no puedo creerlo y por eso estoy tan contento. Y también por ello casi no he podido dormir esta noche y, antes del amanecer, me he tenido que levantar. Cuando todavía el lucero del alba alumbraba bello. No dejo de pensar en este hallazgo mío y en lo contenta que se va a poner la niña en cuanto se lo diga. Por eso estoy sentado sobre esta roca frente al valle, mirándolo todo y como meditando. Y ya veo, en mi sueño, asomar por la loma de la hierba, a las tres muchachas rusas y veo que vienen con ellas nuestro gran amigo el pastor de las cumbres y el caballo Bandolero. Traen todos ellos en sus manos el amor palpitando porque vienen a nuestro encuentro para celebrar juntos la Navidad que estamos esperando.

9 de diciembre: Mañana preciosa

Cuando el sol comenzaba a iluminar el valle yo vi a la niña salir de su tienda. La vi abrir sus brazos y saludar al nuevo día y en seguida me llamó. Desde la roca en la que estaba sentado le contesté:

- Bajo de este pedestal y en dos minutos estoy contigo.

Y me animaba ella:

- Sí, ven pronto que acabo de tener un sueño que quiero contarte.

Y me faltó tiempo para saltar del peñasco y salir aprisa a su encuentro.

Al llegar, me puse al calor del fuego y, en las brasas, comencé a prepararles el desayuno. La vi yo a ella que, con su amigo, se fueron a las aguas del charco a lavarse la cara. Y como el agua estaba fría, porque en estos días ya hace frío de duro invierno, la niña exclamaba:
- Esta agua hasta hiela el aliento y el alma.
Y yo estaba pendientes de ellos con mi interés puesto en los alimentos que les preparaba y esperando oír de ella el relato de su sueño. Pero cuando ellos volvieron de lavar sus caras en la corriente clara del río se sentaron frente a las llamas para quitarse un poco el frío. Y mientras frotaban sus blancas manos para entrar en calor la niña me preguntaba:
- ¿Y tú qué es lo que has soñado?
Y le respondí en seguida:
- No lo he soñado sino que lo he visto con mis propios ojos. Y no te lo voy a contar ahora mismo sino que os voy a llevar conmigo al lugar para que lo veáis.
Y llena de intriga me seguía preguntando:
- ¿Acaso ya sabes dónde se encuentra el bosque de los abetos de cristal? ¿Los has visto y has descubierto lo que entre ellos se esconde?

Y le respondí yo a ella que algo de esto ya tenía claro.

- Pero lo que ahora mismo quiero que veáis es aun más hermoso y encierra más misterio.

Y la niña me decía:

- Pues desayunemos rápido y preparemos al borriquillo y mi caballo y, vamos todos en seguida, a ver tu hallazgo.

Tú y Enebro, en estos mismos momentos, de la jugosa hierba fresca, comías por la amplitud del prado. Por donde el terreno es más llano y la hierba crece esbelta. Y, sobre la hierba junto a las tiendas y cerca del fuego, yo iba poniendo los alimentos que preparaba para ellos. Y antes de que se enfriaran ya estábamos desayunando. Al calor del fuego, besados por el sol brillante del nuevo día y envueltos por el fresquito viento de la mañana. Y saboreando la emoción de presentarles a ellos mi hallazgo le volvía a repetir a la niña:

- Yo creo que la Navidad nos va a traer algún especial regalo. Lo estoy presintiendo. ¿Qué sueño es el que me decías antes has tenido esta noche?

Y me respondió ella:

- Con mis tres amigas rusas he soñado el mismo sueño que, hace unos días, te había anunciado. Si me escucha te lo cuento pero es largo y un poco triste. Y si quieres lo aplazamos para otro momento

para que puedas dejarlo escrito en tu cuaderno. Ya te he dicho que es un sueño hermoso pero extraño. ¿Y sabes qué te digo?
Esperé yo unos segundos para ver qué me decía ella y me susurró diciendo:
- Que lo siento mucho por estas tres hermosas amigas mías. ¡Ellas son tan buenas y ahora ya las quiero tanto…! No es nada bueno lo que estoy soñando y por eso me deja triste.

10 de diciembre: La misteriosa Cabaña de Piedra

Esta noche pasada hemos dormido en la preciosa cabaña de monte y piedra. Creo que por fin hemos encontrado donde vive ahora a quien más buscamos. La persona que, por encima de todo, nos gustaría que este año compartiera la Navidad con nosotros. Y creo que por fin hemos visto las señales claras del caballo Bandolero. Sinombre, hoy estoy contento y la niña nuestra y tú y Enebro. Se acerca la Navidad y mira qué regalo más bonito vamos a tener este año. Quizá nos encontremos con nuestro amigo el pastor de las montañas y con el caballo Bandolero. Pero de la Princesa que tanto hemos amado y que perdimos hace tiempo, nada sabemos. Y presiento que de ella ni noticias tendremos en esta Navidad que se acerca. Una Navidad menos que nos queda en la tierra. ¿Cuándo será la primera Navidad que celebremos

nosotros en nuestra estrella? Quizá no esté lejos y, como ya tantas veces te he dicho, será el momento de nuestra alegría perfecta. Pero en esta mañana, en el amanecer de este día fresquito y verde de invierno, ha ocurrido algo que ahora te cuento.

Ayer, después de nuestro desayuno junto al fuego en la tienda de los charcos del río, todos juntos nos vinimos valle arriba. Hacia las cumbres blancas por donde yo le había dicho a la niña nuestra que tenía mi hallazgo. Y por eso, ella con su amigo, venían intrigados y, tú y Enebro, contentos. Atravesamos el amplio valle y entramos por entre el bosque de los abetos. Me comentaba la niña:
- Lo que yo quiero es ver, una mañana de estas, el famoso bosque de los abetos de cristal. El ancianito nos dijo que es por estos lugares donde se encuentra. ¿Tú sabes exactamente en qué sitio es?
Y le respondí:
- Lo estoy intuyendo pero todavía no lo sé.
Y me volvió a preguntar:
- Pero entonces hoy ¿a dónde nos llevas?
Y le dije yo:
- Espera solo un poco y verás.

Y no esperó ella mucho porque al salir de un claro del bosque, donde la ladera se quiebra y se abre paso el río hacia el

valle de los charcos largos y la gran cascada, apareció lo que yo quería que viera. Frente a nosotros y como en una visión grande y llena de misterio. Nos quedamos parados y vi que la niña, con la boca abierta, miraba sin pronunciar una palabra. Le dije:

- Esto es lo que te había anunciado.

Y muda siguió mirando un rato más y luego me preguntó:

- Parece un refugio salvaje de montaña escondido en lo más hondo de la naturaleza. ¿Sabes tú de quien es este palacio?

Y le respondí:

- La puerta se encuentra abierta. Dame tu mano y entremos verás qué sorpresa.

Dentro ardía una lumbre en la chimenea, olía a migas recién echas, unos cuantos asientos de madera rodeaban el fuego y toda la estancia estaba silenciosa. Como esperando nuestra presencia. Me volvió a preguntar la niña nuestra:

- ¿Pero de quién es esta cabaña tan bella y tan escondida en lo más bello y virgen de la naturaleza?

Y le respondí yo:

- No lo sé cierto pero creo que es de nuestro amigo el pastor, el que tenemos perdido desde el verano pasado cuando las de la hípica lo despreciaron. ¿Te acuerdas que desde entonces no aparece para nada por las tierras del Cortijo de la Viña? Pues yo tengo el presentimiento que él anda ahora por aquí cerca.

Y llena de emoción y con el alma asustada por tanta belleza, nos sentamos junto al fuego. Y esta noche pasada aquí hemos dormido. Esperando, en cada momento, que volviera el pastor amigo nuestro. Pero esta noche pasada, mientras la niña y su amigo dormían acariciadas por las llamas del fuego, yo los miraba y me preguntaba: "¿Por qué estará ella tan preocupada por sus tres amigas rusas? ¿Y por qué las habrá soñado dos veces ya y me dice a mí que no es bueno el sueño? Estoy intrigado y tengo ganas de oírlo pero, al mismo tiempo, también siento un poco de miedo. A lo mejor su sueño encierra algún misterio que no conviene que sepamos nunca. Por ahora, todo lo que conocemos y hemos vivido con estas tres hermosas muchachas, es muy hermoso y bueno".

1- Las amigas de la niña y el ancianito

Pues te quería decir, Sinombre borriquillo amigo mío, que al amanecer estaba yo sentado frente a los paisajes meditando y sentí murmullo de personas. Todavía la niña y su amigo dormían en la Cabaña de Piedra, oculta entre el bosque y junto al río. Y tú y Enebro estabais en vuestra paz disfrutando de la hierba del prado. Y por el río bajaba el agua clara desgranando su hermosa melodía.

Al oír yo el cuchicheo que te decía miré para el rincón de los veneros. Por donde se espesan los juncos y los arroyos caen al río. Por ahí mismo sube la senda y cruza para la derecha. Remonta por esa ladera de los espesos abetos y sigue hasta la llanura de las setas. Por donde se abre la amplia Cueva de los Mármoles. Tú conoces eso porque, en más de una ocasión, te he llevado a ese rincón. Y conoces bien la Cueva de los Mármoles, que en realidad no son otra cosa que brillantes columnas de calcita. Las estalagmitas y estalactitas que se han fundido entre sí y forman ahora gruesas columnas. Como si estuvieran sujetando el techo rocoso de la cueva y, al salir el sol cada día, relucen con el brillo del mármol. Por eso es por lo que las personas de estos montes, en tiempos muy lejanos, bautizaron a esta gruta con el nombre de la Cueva los Mármoles.

Pues cruzando el cauce del río vi yo al ancianito acompañado de las jóvenes rusas. Las tres nuevas amigas de la niña que ella ahora tanto quiere y no deja de verlas en un misterioso sueño. Y al verlos a los cuatro me quedé mirando y muy interesado. Me pregunté para mí y en silencio: “¿A dónde irán por aquí tan temprano y rompiendo el silencio?” Seguí mirando y tuve tentaciones de entrar a la Cabaña de Piedra y despertar a la niña para decirle que venían. Pero me contuve con el interés puesto en ellos. Los vi cruzar el cauce y, lentamente y comentando cosas,

comenzaron a subir por la ladera. Los perdí varias veces entre la espesura de los abetos y volvía a encontrarlos por los claros del bosque. Delante siempre subía Gelena, la de pelo negro y cuerpo menudo, agarrada de la mano de Valeriya, la del pelo castaño y esbelta como un álamo. Detrás subía todo el rato Julia, la rubia como los rayos del sol, ayudando en todo momento al ancianito que cargaba con su mochila de montaña. Y Julia le decía al ancianito, al encontrarse con el pino caído cortando la senda:
- Dame tu mano para que te ayude un poco.
¡Qué detalle más bonito me pareció a mí esto! Julia, de las tres, es la más cariñosa y la que tiene el corazón más tierno. También su pelo le chorrea por los hombros, rozándole la cara, y es tan frágil y rubio que parecen rayos de oro. Cuando sonríe, ayudando al ancianito o chapurreando el castellano con ese acento ruso, es todo un espectáculo. Y yo, a veces la miro sin que se dé cuenta, y en silencio me digo: "¡Ya me explico por qué esta niña nuestra les ha cogido tanto cariño a estas muchachas bellas! Son ellas como ángeles que por aquí nos ha traído el cielo para llenar de alegría este rincón nuestro".

Y vi que en mitad de la ladera se pararon para respirar un poco y en estos momentos Julia dijo:
- ¡Me gusta mucho esto! Aire puro, bosque espeso, campos verdes, manantiales claros, cielos azules, rocío en la mañana,

silencios profundos y todo como abrazando. Esto en Rusia yo nunca lo he disfrutado.
Y me alegró a mí oír estas cosas de boca de una muchacha tan hermosa. Me alegró tanto que quise llamaros para que supierais que venían ellas pero seguí en silencio. Y continué viendo como subían contentos hasta que coronaron al collado de las setas. Por donde los pinos se espesan en bosques pequeños. Ahí mismo se divide la senda. Un ramal se viene para el lado de la cueva y el otro se va para el mirador a las blancas cumbres de Sierra Nevada.

2- Sobre el cerro de la Cueva de los Mármoles

Volvieron a pararse otro momento. Desde la distancia yo los estaba viendo y por eso llegué a pensar que nos buscaban. Escuché muy interesado y no oí con claridad. Pero sí vi a Gelena, la más decidida de las tres, que siguió la senda para el lado derecho. Me enteré que le dijo al ancianito:
- ¡Vamos a la Cueva de los Mármoles! Por este lado de la montaña es por donde se encuentra.

Subieron más aprisa y, en tres minutos más, ya coronaron el cerro. La cueva les saludó, toda abierta y mirando al sol de la mañana, silenciosa y bella. Al verla en seguida Valeriya salió

corriendo entusiasmada. Como la niña nuestra, Sinombre, cuando algo le ilusiona. Y a la niña nuestra tú ya sabes que le llena de alegría todo aquello que tiene que ver con la vida, el azul del cielo, el color de la hierba y la vida misma. Y Valeriya, la más linda en su interior y por fuera de estas tres nuevas amigas, frente a la cueva se abrazaba a la columna de calcita color caramelo y le decía a Julia:

- Otra foto más. Se las quiero mandar luego a mis amigos en Rusia, a los de Francia y a los que tengo en Alemania.

Y desde la distancia me decía yo que hay que ver cuánto mundo ha recorrido esta muchacha y lo lista y buena que es ella. Y quería, otra vez, llamar a la niña. Pero dejé que pasara algo nuevo y sucedió en un momento.

Desde el rellano de la Cueva de los Mármoles el ancianito subió un poco más y, donde la hierba cubre densa y verde, se pararon. Seguí oyendo que les decía a ellas:

- Este es un buen sitio para encender un fuego y comer. Sentaos vosotras por estas rocas mientras yo voy sacando la comida.

Se descolgó él la mochila que llevaba acuestas y la abrió. Pero antes de sacar lo que había dentro se movió para el lado de abajo. Buscó ramas secas y, en tres segundos, encendió un pequeño fuego. Y comentaba:

- Para ambientar un poco el escenario y el momento.

Y dijo Valeriya:

- Por primera vez en mi vida vivo yo un placer tan hondo y limpio como este. Llama ahora mismo a la niña tuya y a su amigo y que vengan. Queremos que compartan con nosotras este encuentro. Y el borriquillo, ese precioso borriquillo que vosotros llamáis con el nombre de Sinombre, que se lo traigan con ellos. Me gusta a mí mucho acariciar a Sinombre, subirme en él y que me lleve trotando por entre la hierba.

Y en esto momento dijo Gelena:

- Sí, llama ahora mismo a la niña vuestra y que venga a prisa y que se traiga con ella a su caballo Enebro. Me gusta a mí también mucho acariciar las crines de este caballo vuestro y subirme en él y que me lleve trotando por la libertad de los campos.

Y en seguida habló Julia diciendo:

- ¡Claro que sí! Llama ahora mismo a la niña vuestra y que se venga también con ella el dueño del borriquillo. Ese hombre pequeño, de ojos redonditos, calvo y de tez del color del viento, me cautiva a mí. Cada vez que lo miro parece que en él veo como inmensos bosques todos vírgenes atravesados de riachuelos, muchos lagos cristalinos y llanuras llenas de hierba y arriba un cielo tan azul y cuajado de estrellas… Llámalos y que se vengan que quiero verlos y quiero estar a su lado y quiero oírles las cosas transparentes que, de estos campos, siempre nos cuentan.

Y en seguida el ancianito nos llamó. Ya brotaba el primer chorro de humo de la lumbre y, detrás, bailaban las llamas. La voz del ancianito retumbó por el barranco de las fuentes y el valle de los abetos y yo la escuché con claridad. Y también tú y Enebro que en seguida se puso a relinchar. Te animaste tú y, la niña nuestra, con tus rebuznos se despertó y salió fuera de la Cabaña de Piedra. Mirando todavía medio dormida me preguntaba:

- ¿Pero qué está pasando?

Y en tres minutos le expliqué yo lo que estaba ocurriendo sobre el cerro de la Cueva de los Mármoles. Me escuchó ella sin creerse lo que le estaba contando pero, mientras yo hablaba, no dejaba de mirar interesada. Como si la presencia de los que coronaban el cerro les llenara de inquietud no sé si buena, regular o mala. Pero, como no dejaba de observarla, descubrí que la inquietud que les producía los que sobre el cerro de la Cueva de los Mármoles nos llamaban, era sana y muy limpia. Te lo explicaré mejor en otro momento, Sinombre, porque ahora no quiero perder el hilo de la escena de la mágica mañana.

Porque la niña nuestra, me cogió de la mano, me acercó a las aguas frías y claras del río, se puso en silencio a mirarlas y muy quedamente me dijo:

- De nuevo he vuelto a tener el mismo sueño. He visto a mis tres amigas, las que en estos momentos nos están llamando sobre la

cumbre del cerro, y me han dejado en el espíritu un sabor amargo. Tengo que contarte mi sueño para que tú me digas por qué veo lo que veo.

Y miraba yo su tierna carita, todavía besada por el sueño, y vi que de sus ojos brotaba una delicada lágrima. Blanca y cristalina como el rocío más puro y rodó por su mejilla y cayó al agua del río que mansamente bajaba. Me enternecí tanto que quise darle un beso y animarla pero no lo hice porque todavía no sabía yo por qué ella lloraba. Y me resultaba a mí muy doloroso, en la fresca mañana de invierno por donde el bosque de los abetos y las crujientes escarchas, ver a la niña nuestra llorar, justo recién levantada. Le dije, acariciando su cara:

- Tengo que escribir este sueño tuyo. Si ya tres veces lo has soñado y siempre están ellas y te dejan como desconsolada, tengo yo que escribir este sueño tuyo. Vamos ahora a donde están ellas porque nos llaman y nos esperan y tú no les digas nadas hasta que yo lo sepa todo y lo haya recogido en mi cuaderno.

3- El encuentro junto al fuego

Y exclamó la niña, olvidando sus lágrimas y ya entusiasmada:

- ¡Sí, porque son las amigas que más quiero en este mundo! Vamos corriendo y nos unimos a ellas. Seguro que vienen por aquí en busca de la Navidad como nosotros. Y, si es así, esto es lo que más me gustará a mí. ¡Vamos y no perdamos tiempo! Y no te preocupes que no les diré nada del sueño que con ellas tengo.

Sin ni siquiera recoger las cosas ni cargar con mi mochila, la niña y su amigo, tú Enebro y yo, nos ponemos a recorrer los campos. Atravesamos la gran llanura de las praderas de los charcos largos, subimos por la ladera del bosque espeso de los abetos y en diez minutos nos encajamos en la depresión del terreno que ellos habían escogido para descansar y encender fuego. Yo subía delante, tú detrás de mí y sobre tu lomo la niña y, en el de Enebro, el niño. Formando la mágica comitiva que siempre organizamos cuando vamos por los caminos a recorrer las montañas. Las tres rusas amigas de la niña, junto al fuego que alimentaban con ramas secas y piñas, nos esperaban observando cómo llegábamos. Y nos esperaban con sus sonrisas abiertas y entregando alegría sana. Ya a diez metros de ellas nos dijo Valeriya:

- En el Cortijo de la Viña nos han dicho que estabais por estos campos y por eso hemos venido a buscaros. Necesitamos de

vuestra compañía y compartir juntos los juegos y los sueños.

La niña, desde tu lomo redondo, les dijo a ellas:

- Es una suerte que hayáis venido porque ya estaba yo notando que hacíais falta en estos campos. Andamos buscando algo nuevo para recibir y celebrar la Navidad que se acerca y me acordaba de vosotras porque creo que sería muy interesante que vivierais esta experiencia. Ya sé que en Rusia, vuestro país, no se celebra la Navidad.

Y se bajó, en este momento, la niña de ti. Se abrazó a Valeriya y la besó. Lo mismo hizo con Julia y con Gelena a la vez que les decía:

- Hasta estáis más guapas.

Y respondió Julia:

- Es el gozo de este encuentro con vosotros y estos campos y el aire puro de la mañana y el color de la hierba.

Dijo la niña:

- ¡Ya sabéis que yo os quiero mucho! Desde el día que os conocí tengo alegre el alma y no paro de repetir que sois las más gentiles, las más buenas, las más dulces y las más bellas en vuestras almas. ¡Si pudierais quedaros con nosotros para siempre aquí en España…!

Y Valeriya la miraba tiernamente con sus limpias miradas. Como diciendo: “¡Qué bello momento!” Y, con su dulce voz y chapurreando el español, repetía:

- ¡Gracias! Sois muy buenos con nosotras.

También abrazamos al ancianito y le damos las gracias por haber venido y nos pusimos junto al fuego para calentarnos mientras él nos decía:
- La comida para compartir todos juntos esta mañana, en el silencio de las montañas, aquí la tengo.
Y abrió su mochila y empezó a sacar alimentos. En una gran fiambrera de plástico transparente, una redonda tortilla de patatas. Y nos las presentaba aclarando:
- La madre de la niña la hizo ayer por la tarde para que hoy nosotros la compartiéramos.
Y de la mochila sacó también una bolsa de nueces, dátiles, pan crujiente, jamón de la matanza en el Cortijo de la Viña y chocolate para Gelena y turrón de almendra y una botella de sidra.

4- Primer ensayo de la Navidad

En las rocas tapizadas de musgo se sentó Gelena, Julia y

Valeriya. Frente a la lumbre que ya regalaba llamas y calor y humo perfumado. Comentaba el ancianito:
- Todo esto es un obsequio para vosotras tres que, por primera vez en la vida, nos regaláis vuestra compañía. Las llamas de la lumbre decoran la estancia de los campos sin fronteras y, el humo que se lleva el aire, es como el perfume que nos regalan las montañas.
Y confirmó Valeriya:
- Sí que es para nosotros algo especial y nuevo.

Cogió el ancianito los dátiles y dijo a Gelena:
- Tú, ve quitándole el huelo y déjalos abiertos.
Y con su pequeña navaja le mostraba cómo debía hacerlo. Buscó, a continuación, una piedra, derramó sobre la hierba las nueces y dijo a Julia:
- Y tú, ve partiendo con cuidado estos frutos y se las das a Valeriya.
Y a ésta última le dijo que dentro de cada dátil pusiera un buen trozo de la carne de nuez que le diera Julia. Las fueron poniendo sobre las rocas y, cuando ya estaban todas, sacó el ancianito los trozos de jamón serrano y también preparó pequeños bocaditos. Los cogió luego todos y, generosamente y con afecto, se lo ofrecía a las muchachas buenas mientras les decía:
- La comida que yo más necesito ya la tengo con solo sentirme vuestro servidor.

Sobre la hierba se sentó la niña y su amigo mientras yo alimentaba a la lumbre con ramas secas. Tú y Enebro, por la derecha y en la cañada, ya estabais degustando las mejores matas de hierba. Cuando ya el ancianito nos regaló los dátiles casados con nueces y el jamón y los trocicos de pan tierno nos ofreció, a cada uno, un buen trozo de tortilla y luego partió, sobre una piedra, la tableta de turrón y abrió la botella de sidra. Con los vasos llenos del fresco líquido y alegre espuma nos pidió:

- Un brindis sincero en la libertad de estos campos y el aire que nos besa.

Cada uno de nosotros alzamos los vasos y unidos al del ancianito de nuevo nos dijo:

- Por la bonita amistad de estas tres hermosas personas. Para que su estancia en este país y entre nosotros sea fructífera y para que aprendan y se llenen de las cosas mejores.

Y comentó la niña:

- Y para que no os vayáis nunca ni me dejéis sin vuestra amistad. Os lo repito: sois las más guapas y las personas que más he querido en mi vida. ¡Brindo por vosotras, mis mejoras amigas!

Y Gelena, Julia y Valeriya, acoro exclamaron:

- ¡Gracias!

Me gustó mucho a mí esto. Tanto que se lo dije a él y se lo

hice saber a ellas. Y cuando ya caía la tarde todos juntos regresábamos por el camino. Ellas tres, la niña y su amigo, camino del Cortijo de la Viña y nosotros dirección de la Cabaña de Piedra que ahora tenemos al borde del bosque de los abetos. Ellas el lunes tenían clase pero nosotros, en esta semana y en la que viene, por estos lugares vamos a ir preparando las cosas para la fiesta que se acerca. Y no sé por qué, la Navidad de este año, presiento que va a ser la más bella de cuantas a lo largo de mi vida he conocido. Nunca he compartido yo una Navidad con tres muchachas extranjeras que, también como nosotros, añoran el calor de los suyos y de su tierra.

16 de diciembre: Las lágrimas de Julia

Y aquí estamos nosotros, en el rincón del valle de los abetos, esperando que llegue el sábado. La niña y sus amigas volverán al terminar sus clases. Y este fin de semana, en cuanto vengan, vamos a ponernos mano a la obra porque tenemos mucho que hacer. De cara a la Navidad que se acerca y que nosotros este año vamos a vivir en este rincón. Con la presencia de nuestro amigo el pastor y quizá también el caballo Bandolero y la Princesa. ¡Ay la Princesa! ¿Sabes, Sinombre? Un día de estos me voy a sentar tranquilo sobre la hierba de estos prados y voy a escribir en

mi cuaderno. Lentamente y despacio voy a ir redactando una lista de todas aquellas personas que he conocido y especialmente he querido a lo largo de mi vida. Y quizá lo haga antes de que llegue la Navidad para tenerlas vivas en mi corazón y presentes en el cielo aunque no lo sepan ellas. Porque casi todas estas personas que te digo, al principio, sí fueron amables y buenas conmigo pero pasado el tiempo se marcharon de mi vida y me dejaron sin su aprecio. Me ha sucedido esto muchas veces en esta vida y yo nunca me lo he explicado. Las personas somos muy extrañas, Sinombre y a mí esto me ha hecho saborear muy amargos tragos. Sin embargo, como siempre me ha pasado, yo a todos los que especialmente quise los he guardado en lo mejor de mí y ahí los tengo esperando que el cielo me llame para llevármelos conmigo. Quizá sea romántico y quizá sea un raro sueño pero esto que te digo lo siento sinceramente y por eso te lo cuento y quiero dejarlo escrito. En estos días que se acerca es un buen momento para repasar la vida y hacer recuento y lista de las cosas. Y, ahora que me acuerdo, ¿será algo parecido a este sentimiento mío lo que la niña sueña con sus amigas?

Pero hoy viernes amanece y hace frío. Todo el campo se ve blanco por el manto de escarcha que hay sobre la hierba. Refresca ahora mucho por las noches. Tanto que hasta a los pechirrubios, pequeños pajaritos migratorios, los he visto buscando refugio en

esta abrigada Cabaña de Piedra que ahora tenemos junto a los charcos del río. Por esto y más cosas es por lo que tengo tantas ganas que llegue el fin de semana. ¿Sabes, Sinombre, una cosa nueva? Cuando el otro día regresábamos nosotros del encuentro, sobre el cerro de la cueva, ocurrió algo. ¿Tú no lo viste? Yo sí y me quedé muy preocupado. Y desde ese día no dejo de pensar en ella. Te cuento lo que vi porque, de alguna manera, hasta sentí un poco de pena.

Veníamos nosotros bajando por la senda del bosque de los abetos hacia la fuente primera. Y delante caminaba Gelena, Valeriya y la niña. Detrás venías tú con el ancianito y los últimos éramos Julia y yo. Venía muy contenta ella y por eso me decía, emocionada:

- Te voy a cantar una canción. Es de Luis Astro y me gusta mucho.

Le dije yo:

- Sí, canta que a mí me gusta mucho la música.

Y sin más Julia se puso y entonó su canción favorita. En inglés porque ella lo habla perfectamente. Y me resultó preciosa tanto la canción en sí, como la música y la preciosa voz que tiene esta muchacha. La escuchaba yo con gran interés y me emoción mucho. ¿Sabes por qué? Me di yo cuenta que ella ponía todo su corazón en la melodía que me regalaba. Y por eso le dije:

- Es muy hermosa la música que cantas y el sentimiento que en

ella pones.

¿Y sabes, Sinombre, lo que ocurrió? A Julia se le llenó el corazón de no sé qué recuerdo bello o triste y se le saltaron las lágrimas. Sin que ella lo notara la miraba yo y la vi llorar. Triste y afligida lloraba ella mientras me modulaba su canto a la amistad y al amor y yo no sabía qué hacer ni decir. Se me enterneció el alma y más cuando vi que se fue quedando atrás y le pedía a Valeriya las gafas para tapar sus ojos y que no viéramos sus lágrimas. No quise preguntarle por delicadeza pero debo decirte que desde esa tarde no dejo de pensar en ella. En cuanto la veamos este sábado sí le voy a preguntar por qué se le saltaron las lágrimas. Aunque yo lo intuyendo. Se acerca la Navidad y Julia se acuerda de los suyos y de su tierra y por eso se le aflige el corazón. Sé que ella es muy humana. Puede también que Julia se sienta sola y por eso llora y no nos dice a nosotros nada. ¡Qué cosas nos ocurren a los humanos! La niña nuestra sueña y está preocupada por la amistad de sus amigas y hasta llora por ellas. Porque quisiera que nunca la engañen ni se vayan de su lado y Julia, una de las amigas, llora mientras va con nosotros por los campos disfrutando de nuestra compañía. No sé cómo explicarte esto pero cada día que pasa estoy más interesado en el sueño que la niña tiene. ¿Qué es lo que estará viendo que no sabemos nosotros y que no es ni malo ni

bueno?

17 de diciembre: Las naranjas y las amigas de la niña

En este nuevo día de diciembre estoy sentado junto a la corriente del río. Tú paces por entre los abetos y también esperas. Todo el campo está blanco y no es nieve sino la escarcha que la fría noche por aquí ha dejado. Es invierno y se acerca la Navidad. Ahora es el momento del frío y del hielo en las corrientes de los ríos. ¡Cuánto me gusta a mí esto! Tanto, Sinombre, que a lo largo de toda mi vida millones de veces he soñado que el día que eleve mi alma a la estrella de mis sueños, estoy seguro que será en un día frío y lluvioso de invierno. De esto que te digo estoy muy seguro.

Sabemos que hoy es sábado y por eso los dos estamos esperando que venga la niña y, con ella, sus tres amigas. Por eso ayer nosotros fuimos al naranjal de la Cañada del Agua a por una carga de naranjas. Ya están todas maduras en las ramas de los árboles. Por Navidad maduran las naranjas y caen las nieves y los campos se llenan de escarcha. Y por eso cogí muchas mandarinas y de las otras gordas. Las cargué en ti y nos las trajimos a la Cabaña de Piedra al borde del bosque de los abetos. Donde

nosotros estamos ahora refugiados esperando que lleguen las fiestas. Y mientras subíamos por el camino te venía diciendo:

- Borriquillo amigo, a las amigas rusas les gustan mucho las naranjas. Creo que es una de las frutas que más les gusta a ellas de este país nuestro llamado España. Para ellas, una de estas mandarinas nuestras, es como el mejor tesoro. Por eso, mañana cuando vengan de fin de semana, les vamos a regalar todas las naranjas que ahora llevas sobre tu lomo.

Y te gustaba a ti mucho lo que yo te anunciaba.

En la Cabaña de Piedra, junto al fuego de la chimenea y, en el asiento que a cada una de las amigas le hemos preparado, ya he puesto esta mañana tres preciosos montoncitos de naranjas. Unas cuantas mandarinas y otras pocas de las otras. Y en la más gorda de cada montón he puesto tres pequeños papelitos con un mensaje. Uno para cada una de estas tres amigas. Para Gelena, Valeriya y Julia. Y el mensaje dice así: “Que esta fruta y su perfume, llene de fuerza tu vida, y que tu vida sea siempre flor, limpia”. Este es el mensaje para recibirlas y obsequiarlas, ahora cuando vengan, trabado sobre la mejor naranja del montón. La que tiene tres hojitas verdes del naranjo y su color es naranja oro, casi fuego sangre. ¿Les gustará a ellas este detalle nuestro? Yo creo que sí y por eso estoy ilusionado. Ya he comprobado que estas tres rusitas tienen sensibilidad para todo lo humano y aquello que

sea bello. Sinombre, tienen ellas mucha más sensibilidad y son más agradecidas que otras personas que hemos conocido en nuestra vida. ¡Fíjate como son las cosas! Pero esto que te digo, debería matizarlo y ponerlo en cuarentena por las razones que la niña me da cada vez que me cuenta algo de los sueños que ha tenido con ellas.

Y por eso, en esta nuevo día, en cuanto ha amanecido, los dos hemos dejado las cosas preparadas en la Cabaña de Piedra y nos hemos venido a donde estamos ahora mismo. A los charcos y cauce del río por donde brotan los veneros. Aquí me he sentado junto a ti y aquí estoy mirando fijo en las aguas claras que saltan por las rocas. Rezo al cielo mientras miro y espero que de un momento a otro aparezcan. Las voy a llamar en cuanto las vea porque, antes de ir a la cabaña y ofrecerles las naranjas que ya te he dicho, quiero que vean esto. Quiero que estas tres jóvenes conozcan este rincón del río y quiero que vean el árbol florecido. Sí, tal como estás oyendo: en invierno, con los campos llenos de escarcha y las cumbres cubiertas de blanco y con la Navidad por el horizonte asomando, un árbol ha florecido. Te lo explico brevemente:

Aunque estamos en diciembre y hace mucho frío es verdad que el árbol está todo lleno de flores. Me lo dijo a mí el otro día el

ancianito:
- En la parte primera del río, donde las rocas forman como grandes cuevas y la corriente se retuerce como las trenzas de la rubia Julia, crece el árbol de las flores violetas. Id un día de estos a verlo que ya veréis cómo lo encontráis todo florido.
Y en estos mismos momentos hemos subido nosotros a la parte alta del río en busca de ese árbol. Y lo hemos visto y es cierto. Me lo he encontrado junto a las cuevas grandes, volcado todo para la corriente de las aguas claras, y cargadito de flores. Como si fuera plena primavera y es frío inverno. Y sus diminutas florecillas violetas son tan delicadas y huelen tan bien que parece un sueño. Por eso estoy entusiasmado y espero, con impaciencia, que lleguen ellas, las tres amigas de la niña nuestra. Para que vean este precioso árbol florecido al borde del bosque de los abetos y junto al río. Luego nos las llevamos a la Cabaña de Piedra y les regalamos las naranjas y comenzamos a preparar para la Navidad que se acerca. Y a la niña, le voy a decir que ya tengo preparadas las páginas donde escribiré el relato del sueño que tiene que contarme. Sé yo algo, Sinombre, porque me lo ha adelantado casi en secreto pero no quiero decírtelo porque a mí me cuesta creerlo.

18 de diciembre: Vienen por los campos caminando

Y estaba la mañana lentamente derramándose sobre los

campos y el silencio lo invadía todo. El bosque parecía dormido sobre la almohada del viento y la sábana de hierba extendía su quietud quieta por las praderas. Solo el rumor del río saltando por las piedras y cayendo a los charcos limpios por el cauce en forma de escalera, se oía en la mañana. El dulce cascabeleo de la corriente del agua cantando las melodías de la mañana quieta.

Mañana silenciosa
sobre la tierra
entregando amorosa
esencia.
Como si el Universo entero
durmiera
mientras el blanco sol
lo besa.

Mañana honda y pura
que anuncia quieta
que la Navidad
llega.

Y tú y yo estábamos mirando, desde la parte primera del río, fijos en la senda que viene desde las tierras del Cortijo de la Viña. Te decía, concentrado en la espera:

- Sinombre, para nosotros una naranja es casi nada y por eso le damos poca importancia, pero para ellas, es como un tesoro muy exquisito que les alimenta y alegra.
Y mientras te comentaba esto estaba yo pensando en las tres amigas que ahora la niña tiene. Ellas valoran mucho las naranjas que nosotros les regalamos. Son frutas que no se dan en su tierra y, aunque las venden en aquellas tiendas, son tan caras que muy pocas personas pueden comprarlas. En Rusia hace mucho frío y, aunque allí se dan bien otras cosas, las naranjas nuestras no se crían.

Y estaba yo compartiendo contigo y comentando lo mucho que a ellas también les gusta coger naranjas de los naranjos de la Cañada del Agua, cuando las vi asomar por el camino. Cruzaban el río y subían la cuesta. Te volví a decir entusiasmado:
- Vete preparando que por allí se acercan ya. Y mira quién les viene guiando, la niña nuestra. Camina ella delante subida en su caballo Enebro y a la grupa trae montada a Valeriya. Las demás y el niño suben andando. ¿Ves lo que te decía? Que tú hacía falta entre ellas en este momento. Gelya y Julia y el niño del río suben andando y tú aquí tan ricamente pastando. Tendremos que salirles al encuentro para recibirlas como se merecen y que se sirvan de ti para remontar la cuesta. ¡Anda, vamos! Ya sabes que les gusta tenerte a su lado y acariciar tus orejas y decirte cosas y que tú,

sobre tu lomo, las mezas. Vamos aprisa antes de que se les acabe la vereda.

Y desde la parte alta del río, por donde brotan muchos veneros y la corriente es clara como el viento, nos preparamos nosotros. Todavía tienes tú la escarcha blanca trabada en los pelillos del hocico. Y también todavía cruje la hierba al pisar sobre ella del hielo que ha dejado por aquí la fría noche. Pero ya el sol de la mañana se alza y calienta y llena de oro y fuego los barrancos y las laderas. Te digo, cuando ya empezamos a bajar por la orilla del río al encuentro de ellas:

- En cuanto estemos a su lado le voy a preguntar a Valeriya si sabe algo de su tierra. Y te digo esto porque el otro día me comentaba ella que se lo iba a contar todo a sus padres. Para que él viera que por aquí en España ella tiene un buen grupo de amigos. Y para que sepa que, ahora que la Navidad se acerca, aquí en España ellas van a celebrarlo de una forma buena. Valeriya le da mucho valor a los amigos. Y, por ahora, se siente orgullosa de nosotros y esto nos llena de gozo. Y por eso ¿sabes qué hago yo cada noche? En silencio le rezo al cielo y le pido que Valeriya y Gelena y Julia sí se hagan amigas nuestras de verdad y nos conserven en su corazón en un rinconcito limpio. Porque por nuestra parte esto es lo que ya hemos hecho y muy sinceramente. Y también le pido al cielo que a ellas no se les llenen los ojos y el corazón del brillo

de las cosas materiales y se cieguen y no vean el cariño que les estamos regalando. Ojalá a ellas nos les suceda como a otras muchas personas que hemos conocido en esta vida.
Y más bajito, como susurrándote al oído para que solo te enteraras un poquito, te dije: “Y no, yo creo que no es cierto lo que la niña ha visto en los sueños que ha tenido con estas amigas. Ya te dije que me ha contado solo un poquito y, cuando me fui enterando de las cosas, le pedí que parara porque me costaba mucho creerlo. Desde ese momento rezo al cielo y ando preparando mi corazón para oír entero su sueño”.

19 de diciembre: La Navidad se acerca

¿Ves tú, Sinombre, qué hermosas nos salieron ayer las cosas? Te lo había dicho y, como creía en ellas, te animé mucho y no tardaste en comprobarlo. Ahora, esta mañana fría de invierno, me pongo a recordarlo y a escribirlo en mi cuaderno.

Antes que nadie yo me he levantado y, según va amaneciendo, ya estoy sentado junto al fuego. A ti te veo, por la ventana, en el prado junto a Enebro y a la niña nuestra, a su amigo y a las tres amigas, las veo completamente dormidas acurrucadas en sus sacos. Las llamas de la lumbre juegan por la fina piel de sus

caras y de fondo se oye el cri, cri de un grillo. ¡Qué extraño que a estas alturas del año cante un grillo! Y lo digo porque esta noche también ha hecho mucho frío y por eso la hierba amanece blanca, como si hubiera nevado. Por esto creo que no es normal que cantes los grillos. Pero es cierto que canta y lo ha hecho sin parar a lo largo de la noche. ¿Qué estará celebrando o qué anunciará? Quizá la presencia de estas tres jóvenes o quizá la presencia de la Navidad. Luego, en cuanto se despierte y levante la niña voy a preguntárselo porque ahora, sigo y te cuento la alegría que ayer apareció y palpitó por estos campos.

Bajamos nosotros por la senda, siguiendo el curso del río, y nos encontramos con ellas que subían a la Cabaña de Piedra. A pasar el fin de semana con nosotros y a ir preparando, todos juntos, las fiestas. Y al encontrarnos con ellas en seguida dijo Valeriya:

- Yo me subo en el borriquillo y que en este caballo Enebro siga montada la niña vuestra.

Dicho y hecho. Valeriya se acomodó en tu lomo y con la niña nuestra se montó Julia. Seguimos subiendo ahora yo agarrado a tu rabo y muy pendiente de Valeriya cuando ella me preguntó:

- ¿Sabes qué nota he sacado en traducción?

Y le respondí que no lo sabía pero que sí estaba enterado que por estos días tenía un examen. Me confirmó ella:

- Gelena ha sacado un ocho y medio y yo un nueve. ¿A que está bien?
Y le respondí yo:
- Es una nota excelente para vuestro primer examen de español y traducción. Os felicito y me alegro.

Y a continuación la niña y su amigo dijeron que también lo tenían todo aprobado y con buena nota. Ya sabes tú, son estos los exámenes del primer trimestre porque dentro de unos días comienzan las vacaciones de Navidad. Y mira qué resultados más buenos para todos. Así que seguimos subiendo y al llegar a la Cabaña, nos metimos dentro. Vieron ellas en seguida las naranjas con el mensaje pequeño y se pusieron contentas. Dijeron:
- La Navidad vuestra parece que se nos presenta con la mejor cosecha. Aquí, en esta escondida casa de piedra junto al río y entre los abetos, por donde la hierba y el silencio, esta Navidad que llega será algo especial para nosotras. Nos alegramos mucho de que seáis amigos tan buenos.
Me tembló el corazón y de reojo miré a la niña y, sin palabras, le dije a ella: “Yo creo que el temor que tú tienes, por lo que has visto en tus sueños, carece de fundamento. Estas muchachas te quieren y son buenas. Mira como se han venido contigo muy complacidas y mira como te repiten que somos sus mejores amigos. ¿Tú crees que si no lo sintiera de verdad dirían lo que hemos oído?”

20 de diciembre: Solo quedan unos días

Valeriya, la más elegante de las tres rusas, me decía:
- Les he mandando a mis padres las fotos de la comida campestres que celebramos sobre el cerro de la cueva. Y les he dicho que comimos jamón y dátiles con nueces y ellos se han extrañado.
Y le preguntaba yo:
- ¿Y de qué se extrañan?
- Allí en Rusia es muy caro el jamón y por eso lo encuentran muy novedoso. Tampoco nunca se come dátiles con nueces.

Me quedé algo sorprendido y luego te dije a ti:
- Ves, Sinombre ¿a que merece la pena la amistad que les estamos regalando? Acuérdate que te lo comentaba el otro día y se lo comentaba a la niña. A nosotros por aquí nos sobra casi de todo, hasta el aire puro y las montañas y el río y, a ellas por allí, les faltan muchas cosas. Aunque eso sí, frío tienen de sobra. Me decía Valeriya que por Navidad esperan que allí las temperaturas lleguen por lo menos a treinta grados bajo cero. Y eso es una barbaridad. Seguro que nosotros nos moriríamos. Pero te lo repito: merece la pena ser amigos de estas muchachas y más en estos días que nos van acercando a la Navidad. Por eso la niña nuestra, cuando el

domingo por la tarde se volvía al Cortijo de la Viña, acompañándolas, nos decía:

- Ya quedan solo cuatro días y medio para la Navidad y para el fin de nuestras clases. El viernes al mediodía nos dan las vacaciones y ya lo tenemos todo planeado para celebrar estas fiestas.

Y le dije yo:

- Nosotros por aquí sí es verdad que tenemos muchas cosas preparadas pensando en ese día. Solo falta que vosotras volvías con vuestro entusiasmo.

Y, una vez más, quise decirle lo importante es ella y sus amigas para nosotros y para la vida. Tú ya lo sabes, porque lo he compartido contigo muchas veces y lo saben otras personas, pero a mí siempre me queda un regomello en el corazón cuando tengo la necesidad de contárselo a ella y nunca sé cómo hacerlo. En fin, también siempre me consuelo pensando que el tiempo se lo dirá y nuestras obras.

Y cuando le decía yo a la niña lo que atrás he dicho estaba pensando en lo que tú ya sabes y ella no. Y lo que no conoce ella es que la otra tarde nos encontramos nosotros con nuestro amigo el pastor de las cumbres. Por la loma de los abetos pastaban sus ovejas y nosotros, que estábamos junto al río, las vimos. Subimos corriendo y al llegar a la llanura de la colina vimos con claridad lo que habíamos imaginado. El rebaño blanco de ovejas lustrosas de

nuestro amigo perdido campeaba tranquilo por las tierras. Te dije entusiasmado:
- Sinombre, esto sí que es el mejor regalo para la Navidad que se acerca. Aparece nuestro pastor, el que teníamos perdido desde el año pasado. ¿Te acuerdas tú cuando lo insultaron las de la hípica porque no querían que sus ovejas pacieran cerca de los caballos? Desde ese día, nuestro amigo el pastor, se fue de las tierras del Cortijo de la Viña y desde entonces lo tenemos perdido y ahora parece que podemos encontrarlo. ¡Qué bueno va a ser esto para la Navidad que se acerca!

Por eso hoy, ya a dos pasos del día de la nochebuena, estoy muy ilusionado. Nosotros ya lo tenemos casi todo preparado en la Cabaña de Piedra junto al río y el bosque de los abetos. Pero hemos de darnos prisa y acarrear más leña seca para el fuego y también más naranjas de la Cañada del Agua para regalárselas a las tres amigas. En cuanto pasen tres días estarán de nuevo aquí para celebrar la fiesta de la Navidad que te estoy diciendo. Y si me preguntas lo del sueño de nuestra niña con sus tres amigas te digo que no lo olvido pero no quiero ni recordarlo. ¿Tú crees que una de ellas, la morena y alegre que se llama Gelena, es mala? No me cabe en la cabeza ni lo admite mi corazón así que por este momento voy a dejarlo.

21 de diciembre: El mundo en que vivimos

Del mundo en el que vivimos poco te puedo contar yo a ti hoy. El en mundo las personas que viven en él van por caminos que nada tienen que ver con nuestro rincón pequeño, nuestras cosas y nuestros sueños. Pero de este mundo que te digo, desde el escondido valle de los abetos, tengo algunas cosas que contarte.

Hoy llega el invierno, oficialmente porque en cuanto a frío, hielo y escarcha, ya hace más de un mes que por aquí los tenemos. Y mañana es el día del sorteo de la Navidad. Cosas del mundo en el que vivimos y del que no somos. Pero te repito que quiero contarte un par de cosas de este mundo que te estoy diciendo. Por ejemplo, tres o cuatro cartas sencilla y cortas ya he recibido de algunas personas que medio nos conocen. Porque a nosotros nos conocen muy pocas personas en este mundo. Los del Cortijo de la Viña, dos o tres de Segura de la Sierra, el pastor de las cumbres y pocos más. Pero, como es costumbre por estos días en este mundo, muchas personas se escriben y se felicitan. Se desean felices fiestas y se alegran que la Navidad otra vez vuelva. Y a nosotros, algunas personas, también nos meten en la ruleta de las “Felices Fiestas”. Aquí en mi bolsillo tengo algunas de estas cartas que hemos recibido. La primera es de la Mariposa Marta, de Segura de la Sierra. Nos manda una postal navideña y

escrita en ella cuatro letras que dicen: “Queridos amigos: Mis mejores deseos para estos días de Navidad que espero compartáis con nosotros como el año pasad. Ya formáis parte de la familia. Un fuerte abrazo. Marta”. Qué bonito ¿verdad Sinombre? Y si estás pensando en cual va a ser mi respuesta te la digo ya. No iremos este año a Segura de la Sierra. Y no creas que es porque estemos enfadados con las personas de allí. Esto no puede ser porque aquellas personas buenas nada nos han hecho a nosotros.

Y otra sencilla carta que me ha llegado de una persona que no conozco dice lo siguiente: “¿Qué tal? ¿Cómo van las cosas? El libro ya lo he leído y me ha encantado, desde luego que te transporta a esos lugares que conozco y que ojalá permanezcan para siempre. Deseo que Sinombre consiga que su especie no desaparezca y los podamos ver recorriendo los caminos y las sendas de la sierra. También quería felicitarte estas fechas y que lo pases muy bien en compañía de tus seres queridos y que el próximo año te traiga como menos tanta felicidad como éste. Muchas gracias por todo. Besos Marga”. Debe tener buen corazón esta persona y de ello nos alegramos y también le deseamos lo mejor para estos días y para siempre. Y ahora, quería decirte algo nuevo. Nosotros este año no vamos a invitar a nadie a nuestra particular Navidad. Ya el año pasado lo hicimos pero nadie nos respondió ni vinieron a saludarnos. Pero yo, para las personas del

mundo, he escrito un sencillo poema que ya he mandado a los que son más amigos nuestros. Pocos pero en el fondo a todos los humanos porque mi deseo es sincero y limpio. Dice así:

Que los sueños que sueñas,
en tu corazón,
un día florezcan
y que se te llene la vida
de las flores más bellas.

Y que tus sueños te eleven
sobre la tierra
y por el azul de las cosas
sed libre y vuela
y, como las mariposas,
liba siempre belleza.

Y claro que a mí me gustaría que algunas personas vinieran a este rincón nuestro a celebrar con nosotros la Navidad que ya llega. Yo sé que a ellos les gustaría y a nosotros nos harían muy felices. Pero nosotros este año, con nuestra Cabaña de Piedra junto al río y el bosque de los abetos, tenemos bastante. Y se nos colma la vida con la presencia de las tres amigas de la niña. No queremos ni necesitamos más para celebrar la Navidad y ser felices y tenerlo todo. El mundo en que vivimos y las personas que lo habitan no son amigos nuestros. Y lo siento porque siempre he pretendido y deseado decir lo contrario de lo que te he dicho. ¿Y sabes qué otra cosa te comento? En el cuaderno azul que siempre llevo en mi mochila gris tengo anotado millones de historias, ideas y sentimientos. Todas muy interesantes para mí y para nuestro

testamento final en esta tierra. Y entre estas cosas tengo una lista, ya te dije algo hace unos días, de personas que han pasado por mi vida. Los nombres solo y cuatro pinceladas de cada una de ellas. Y en esta lista también están ya metidas las tres amigas de la niña. Pero sin quererlo, por lo que en su sueño la niña ha visto y me está contando, les he puesto a ellas una interrogante y puntos suspensivos. Aunque yo creo firmemente que son buenas mientras no se demuestre lo contrario. Cuando lo medito pienso que quizá lo que sucede es que nuestra niña las quiere tanto que tiene miedo que ellas le hagan daño.

22 de diciembre: La felicitación de Valeriya

Y sigo. De todas las felicitaciones que he mandando a las personas que conocemos, hasta ahora, solo una nos ha respondido. ¿Y te imaginas quién es? No vive en la ciudad de Granada ni en España aunque sí en esta ciudad y no es de este país nuestro. La persona a la que me estoy refiriendo se llama Valeriya. Fíjate tú, la única persona que tiene un bonito detalle de cariño con nosotros es una de las tres muchachas rusas, amigas de la niña nuestra. ¿Ves como una vez y otra nos confirma su buen corazón y las nobles intenciones de su alma?

Le mandé yo a ella, como a otras muchas personas, una sencilla postal de Navidad con unas flores y una mariposa y la poesía que te decía. Y ayer mismo me contestó con muy pocas palabras pero dejando traslucir lo mejor de su persona. Me trajo su carta el hijo de Serafín y en seguida la abrí y leí lo siguiente: "¡Gracias! ¡Tan bonito! He visto la postal hace un rato, me ha gustado muchísimo. Gracias otra vez, espero que le diga a usted mis felicidades el sábado. ¡Hasta luego!" Este es su sencillo mensaje y, como puedes comprobar, hasta tiene ella su pequeña dificultad para expresarse. Es normal. Ella está aquí en España para estudiar el castellano y, aunque ya lo habla y escribe bastante bien, todavía le falta práctica. No sabe expresar correctamente sus sentimientos porque le cuesta encontrar las palabras exactas. Pero se lo agradecemos porque es muy sincera. Y ya te dije yo a ti que Valeriya es, de las tres amigas, la más sensible y guapa. Parece una muñeca por la tez fina de su cara, sus ojos pequeños castaños y su dulce voz. Ella es la que más se parece a la niña nuestra. Por eso la mira con tanta ternura y la quiere tanto.

Así que hoy estoy contento. Valeriya nos ha escrito y, entre otras bonitas cosas, nos anuncia que vendrán por aquí el sábado próximo. Y es lo que ya nos habían dicho la niña. Justo hoy jueves es su último día de clase y ya comienzan las vacaciones hasta después de Reyes, día nueve de enero. Un montón de días sin

clases por estos de las fiestas de Navidad. Y ellas y la niña nos dijeron, el fin de semana pasado, que volverían a este rincón nuestro. A la Cabaña de Piedra junto al río. Quizá esta misma tarde o mañana vengan de nuevo para quedarse a celebrar la Navidad. Y ya lo estoy festejando yo. Con ella, la Navidad este año, va a ser algo muy hermoso. Están solas y lejos de su país y los suyos y por eso necesitan nuestro cariño y compañía. Y, te soy sincero, nosotros también las necesitamos y mucho. Casi tanto como el aire que respiramos.

Así que, Sinombre, vete preparando que en los días que llegan tenemos mucho trabajo. Tenemos que entregarnos a fondo para que a ellas no les falte nada y sean felices con nosotros. La leña seca para el fuego en la chimenea ya la tenemos toda. También muchas naranjas de nuestro naranjal de la Cañada del Agua y muchas nueces y almendras e higos secos y granadas y manzanas y, del Cortijo del Laurel, conservas de tomates y patatas. También productos de la matanza en el Cortijo de la Viña y, lo más importante, lo que el pastor de las cumbres ayer me dijo.

23 de diciembre: La carta de Gelena

Ayer estábamos nosotros ocupados en preparar las cosas en la Cabaña. Tú me ayudabas a ratos y en otros momentos me dabas compañía. Y estaba todo el valle, con las aguas claras del río y el bosque de los abetos, recogido en su silencio y respirando la vida. Te dije:

- Sinombre, quizá dentro de un rato o si no esta tarde misma por la senda aparezca la niña con sus amigas. Ya hoy no tiene colegio y por eso se vendrá al valle y a esta chiquitica casa de piedra. Ya todos tenemos decidido que es aquí donde este año vamos a celebrar la Navidad.

Y no terminé de comentarte esto cuando, al mirar para el camino, vemos que se acercan. Te quedaste mirando con tus ojos bien abiertos y luego me miraste a mí como diciendo: "Lo que estábamos esperando por ahí se llegan". Y observé mucho más interesado y descubrí que no eran ellas. El que, río arriba y por la senda se acercaba, era el ancianito del Cortijo del Laurel. Te volví a decir:

- A él también lo estábamos esperando pero no solo sino con ellas. Quizá se ha adelantado porque tiene que traernos algún recado. Vamos a esperar que llegue y vemos qué nueva nos trae.

Pisando la hierba cuajada de rocío y quebrando la escarcha subía él lentamente hacia la cabaña.

Por la chimenea de la cabaña salía un chorro de humo blanco. Y en la quietud del viento de la mañana llenando el valle se mecía por encima del bosque de los abetos. Se columpiaba despacio y se iba para el azul del cielo como si pretendiera marcharse con la estrella que nos pertenece. Llegó el ancianito a la puerta de la cabaña y me cogió a mí con un brazado de ramas secas. Las estaba amontonando en el rincón de la estancia muy pegadas al fuego de la chimenea. Le dije, nada más saludarlo:
- Estas ramas son para calentarnos en la noche de la Navidad cuando estemos todos reunidos. Y a ti te estábamos esperando. ¿Qué nuevas nos traes y por qué vienes sin ellas?

Se acercó él al fuego y calentó sus manos. Y mientras acariciaba las llamas que alegres danzaban, comentó como susurrando:
- Tengo aquí en mi bolsillo una carta de una de las tres rusas amigas de la niña. Es para ti y me ha pedido que te la traiga.
Le pregunto en seguida:
- ¿Y ellas y nuestra niña? Las estamos esperando.
Y respondió al instante:
- Ya han terminado sus clases en la universidad y en el colegio. Y han subido desde Granada y en el Cortijo de la Viña están descansando. La madre de la niña las ha invitado a esas cosas rica que hace ella y al calor de la chimenea y al amor que en su

corazón siempre tiene ella. Esta mujer tan hermosa y buena tiene más interés que ninguno de nosotros en que, las tres muchachas rusas, amigas tan especiales de la niña, vivan este año la mejor de todas las navidades de sus vidas. Yo también así lo quiero y, con satisfacción, lo estoy soñando. Toma la carta que para ti me ha entregado Gelena.
Cogí de sus manos lo que me daba, un sobre blanco muy sencillo, lo abrí ilusionado y frente a la lumbre leí con interés y despacio:

Hola ¿qué tal estás? Nosotras estamos bien, porque ahora nuestras clases en la universidad han terminado, por eso no tenemos mucho que hacer. Solo descansar después de tres meses del trabajo. ¡Por fin! Muchas gracias por invitarnos a vivir la Navidad en la Cabaña de Piedra. Tengo muchas ganas de verlo, porque he escuchado mucho sobre lo que es el belén, pero hasta ahora nunca he visto ninguno de los que se formalizan por la gente, solo con figuras en los escaparates de las tiendas. Le agradezco por todo que ha hecho usted por nosotras. Muchas gracias. Quisiera agradecerle a usted por la postal de Navidad que me ha enviado. Me ha gustado muchísimo. Yo también quiero felicitarle a usted con el motivo de la Navidad y por eso le mando una postal, donde aparece una frase en ruso que significa Feliz Navidad en español.

Cuando terminé de leer estas líneas, tú lo viste porque estabas a mi lado, se me nublaron los ojos y a punto estuve de llorar. Me restregué con mis manos para hacerme fuerte y, acariciándote a ti en la frente, te dije:

- ¿Ves, Sinombre, como no estamos equivocados? Gelena es tan buena como siempre hemos pensado. Estas palabras suyas son muy humanas y sinceras. Así que las interrogantes y los puntos suspensivos que tengo escritos en la lista de mi cuaderno, por la duda que me produce los sueños de la niña, yo deberías borrarlos.

Y me puse, cogí mi cuaderno por la página donde tenía escrito las cuatro pincelada que la niña ya me había revelado y leí despacio. Una vez, dos veces, tres veces y al final no taché nada sino que, en un trozo de la página en blanco, escribí el siguiente y sencillo poema:

Yo sé que a ti te gustan las rosas,
las del perfume delicado
y fragantes y rojas.

Yo sé que tú quisieras
ser mariposa
para volar alto y libre

Y sé que a ti te gusta el viento
y del mar, las olas
y el azul del cielo
y soñar a solas
los sueños más bellos.

y acariciar las cosas
y coger de aquí y de allá
perlas preciosas
para adornar tu corazón
que a veces llora.

Pues vente tú con nosotros
a las fuentes copiosas
de nuestros prados y ríos,
que en el jardín de las horas
y en nuestras manos de amigos
más de mil rosas
nos han florecido
para ti, todas.

24 de diciembre: Amanecer del día 24 de diciembre

Al amanecer de este día veinticuatro de diciembre me ha despertado una música muy dulce. Y tal como estaba acurrucado en mi saco de montaña, frente a la lumbre de la chimenea, me he quedado y atento he escuchado. Medio dormido he mirado y a ti y al caballo Enebro os he visto, con la luz dorada del alba, comiendo hierba en la pradera del río. Algo más arriba he visto el tupido

bosque de abetos y más arriba aun, sobre la cumbre, he visto la nieve blanca. Sigo oyendo la música dulce y distingo que es una flauta. Sus notas surgen de entre la espesura del bosque de abetos.

Me ha entrado ganas de llamarte y de llamar a la niña nuestra y a sus tres rusas. Ellas duermen todavía en la habitación grande de esta Cabaña de Piedra. Desde donde estoy acurrucado puedo verlas ayudado por el resplandor de las llamas de la lumbre. Descansan muy relajadas y parece que ni siquiera saben que hoy es Navidad. No las despierto ni tampoco al ancianito del Cortijo del Laurel. Quiero que el día de hoy les llene de la paz y el silencio que ahora mismo derrama la jornada que viene amaneciendo. Hoy es Navidad y esta noche nosotros vamos a celebrarlo de una forma especial y muy distinto a como lo harán muchos humanos. Por eso nos hemos venido a vivir a esta cabaña escondida y por eso estamos tan hondamente contentos e ilusionados. No todo el mundo puede tener hoy a su lado a tres joyas preciosas como son estas tres mágicas amigas de la niña.

Pero sabes, Sinombre, por fin ayer por la tarde, cuando vinieron con la niña nuestra desde el Cortijo de la Viña a esta Cabaña de Piedra, pude enterarme a fondo del misterioso sueño. Del mensaje que la niña cree encierran esos tres sueños que ha

tenido con sus amigas. Ayer, cuando caía la tarde, estábamos nosotros asomados a la puerta de la Cabaña de Piedra y mirábamos la corriente del río. Al fondo y a lo lejos se mecía el bosque de los abetos y el sol iluminaba a los paisajes. Por la pradera jugaba la niña y sus tres amigas contigo y con Enebro cuando dijo el ancianito:

- Todo está ya preparado para lo de esta noche pero falta lo principal.

Al oír estas palabras, Valeriya dejó su juego, miró interesada y en seguida preguntó:

- ¿Qué es lo que falta?

Y el ancianito aclaró:

- Se trata de un juego pero será muy interesante, quizá lo mejor, para cuando esta noche llegue a su centro.

Y preguntó la niña ahora también intrigada:

- ¿Es un juego que tú conoces y nosotros no?

También yo ahora miraba y esperaba con impaciencia que el ancianito aclarara lo que estaba anunciando. No perdió más tiempo y lo hizo él diciendo:

- Para ponerlo luego en el belén y abrirlo y leerlo en su justo momento vamos a escribir ahora mismo cada uno, en un papel, un secreto.

Mirando y pensativa se quedó Valeriya y al minuto y medio preguntó:

- Puede ser algo interesante que nosotros nunca hemos hecho pero quiero saber ¿podemos escribir lo que cada uno quiera, sea o no secreto, sueños o deseos?
Y aclaró el ancianito:
- Lo que cada uno quiera y lleve en el corazón y necesite compartir y elevar al cielo. Se trata de esto: de dejar sobre el papel, para después leerlo, aquello más personal, hondo y sincero que cada uno tenga en su alma. Una necesidad, una petición, un recuerdo, una historia hermosa, una acción de gracias, un sueño… Cualquier cosa de las muchas que en estos días deseamos o echamos de menos.
Y exclamó la niña:
- Ea, pues vamos a ello.

La niña nuestra, Sinombre, ya te decía yo hace unos días, no tiene tranquilidad desde que, tres veces, soñó aquel sueño. Yo la miro, cada vez que con ella me encuentro, y le veo en su cara la preocupación. Y claro que me sigue inquietando encontrarla tan disgustada, creo que, sin razón ni motivo concreto. Por eso todos estos días he andado buscando la manera y el momento de hablar con ella y que me cuente, por fin, lo que ha visto en su sueño. Y ayer, en la tarde clara, vi el cielo abierto cuando el ancianito nos propuso la diversión que te estoy diciendo.

En seguida se vino ella a mi lado, me dio su mano, me llevó para las aguas del río, por entre los peñascos y abetos y, donde más hierba había y son más transparentes los charcos, nos paramos. Me dijo, mirando al río y mirándote a ti que estabas cerca de nosotros entretenido:

- Saca tu cuaderno de la mochila y coge tu bolígrafo y escucha atento que te voy a narrar todos los detalles de los sueños que he tenido con mis amigas. Y quiero que lo escribas limpio y claro para poderlo luego recordar y hablarlo con ellas. Porque eso ya lo tengo bien pensado. Se lo tenemos que contar todo entero para que lo sepan y para, por si acaso se están ellas equivocando, que puedan orientarse antes de hacerse y que nos hagan daño.

Y le dije yo a la niña:

- Estoy de acuerdo contigo y estoy ya preparado. En cuanto quieras empiezas y me cuentas que yo escribo despacio y recogiendo todos los detalles. Porque quiero que sepas que desde hace unos días casi no vivo pensando en estos sueños tuyos por lo que de ellos ya me has contado.

De mi mochila gris saqué yo mi cuaderno, busqué una buena piedra, me apoyé en ella usándola de mesa y me dispuse a oír lo que necesitaba contarme nuestra niña. Me seguía mirando muy concentrada y miraba a las aguas claras del río. Por encima de nosotros y, por entre los abetos y los cristalinos charcos del

cauce y la hierba y la brillante luz de la tarde, veíamos ahora a sus amigas. Cada una por su lado, como meditando o como buscando algo muy importante y muy interesadas en escribir, sobre la hoja de papel que yo les había dado, las cosas que el ancianito nos había pedido. Y antes de empezar a escribir yo me interesé mucho en fijarme bien en ellas. Para llenarme, una vez más, de su sencilla belleza y para seguir aprendiendo algunas de esas cosas importantes que solo se ven con el corazón y no con la cabeza. Por eso le dije a la niña:

- Yo creo firmemente que estas amigas tuyas son buenas, muy buenas. Y creo que nos están enseñando una realidad que nosotros hasta hoy desconocíamos. Solo hay que mirarlas ahora mismo y ver cuan interesadas y cuanto cariño están poniendo en jugar el sencillo juego que les hemos propuesto. Se lo están tomando muy en serio y eso demuestra lo que continuamente veo en ellas. Son muchachas muy sensibles a todo lo bello, tienen muchas ganas de aprender cosas positivas, quieren de verdad hacer amigos, les gusta la limpieza de las cosas y la sinceridad, desean que las quieran y las traten con respeto, porque ellas, fíjate cuanto nos respetan y dan las gracias en cada momento, se les ve tiernamente delicadas con todos nosotros y todo lo que nos rodea, aprecian y les importa mucho cualquier cosa que les digamos o enseñemos y tienen ellas un gran interés en todo lo que sean valores humanos. Estas tres amigas tuyas cada día que pasa me

convencen un poco más de que son nobles. Y lo que más me gusta de ellas es que son listas, inteligentes como pocas personas y por eso, muy abiertas y capaces de aprender de todo y de todos los que se rocen con ellas.

Y a raíz de esto, quería comentar contigo algo que yo tengo muy en cuenta: ellas están aquí en España estudiando en la Universidad de Granada con una beca que le han dado en Rusia, su país. Han sido seleccionadas entre otros muchos estudiantes y eso es importante. Y los tres meses que llevan en este país nuestro no han decepcionado a nadie. Son muy buenas estudiantes, trabajan mucho, no pierden el tiempo yéndose de botellón como tantos jóvenes, les gustan mucho los libros y leen todo lo que caen en sus manos y al final de este trimestre, han sacado notas muy brillantes. Y tenemos que sumar lo que ya te decía hace un momento: que en sus ratos libres, en lugar de irse a perder el tiempo en cosas insustanciales, se vienen con nosotros para darnos compañía y para aprender más de nuestra cultura, lengua y costumbres. Tienen ellas, en sus corazones, una lista hecha con sus preferencias y metas y creo que la ordenan de la siguiente manera: Primero y, por encima de todo, sacar sus estudios con la mejor nota posible. Segundo y, para enriquecer lo primero, leer muchos libros, visitar monumentos, conocer lugares, charlar con la gente… Y tercero y, para potenciar lo primero y lo

segundo, hacer amigos y no buscan que sean muchos sino buenos. Así que ¿qué te dice a ti y qué me dice a mí todas estas cosas que te cuento de estas amigas tuyas?

Porque también quería yo decirte algo que creo muy interesante. Que estas amigas son muy jóvenes. Hace poco han cumplido los veinte años y ellas, como todas las muchachas del mundo a esta edad, sueñan con delicados príncipes azules, con palacios suntuosos, con joyas esplendorosas, con viajes fascinantes, con amores dulces y tiernos, con flores fragantes y frescas, con jardines y con rincones que sean cielos donde reina la felicidad y las mariposas y todos los colores del arco iris. Es lo normal a la edad que tienen tus amigas. Porque ellas no saben todavía que todos estos sueños que llevan en sus corazones se concentran y se realizan en ellas mismas. Que no es necesario recorrer el mundo entero ni buscar amigos por todas partes ni andar de acá para allá tras las modas de los momentos ni de las masas juveniles para encontrar lo esencial, la clave que sirva para hacer real todos sus sueños. De alguna manera respetuosa y bella tenemos que decirle nosotros, con nuestra amistad y amor, que no destrocen sus vidas buscando como tantas muchachas en este mundo y a su edad. Que el cariño que ansían y necesitan está en ellas mismas. Y para encontrarlo y verlo y disfrutarlo solo hace falta saber que se encuentra ahí, conocer el camino concreto que lleva

a él y cogerlo para deleitarlo. Una cosa muy sencilla pero muy difícil y en lo que tenemos que ayudar nosotros todo lo que podamos. Y en fin, no sigo más. Te he dicho todo esto solo para que tú te sientas orgullosas de ellas y que no tengas miedo mientras le estemos dando el mejor cariño y el más fino respeto.

La niña seguía sentada a mi lado y miraba la corriente del río, me miraba a mí y miraba a sus amigas. Me di cuenta que no sabía qué responder a estas palabras mías pero habló y me dijo:

- Voy a contarte lo que yo he visto en mi sueño, con tanta claridad, que me parece haberlo vivido ya. Como si hubiera sucedido de verdad.

Guardé yo silencio y comenzó a narrarme ella. Lentamente y como si se tratara de una historia que conociera en todos sus detalles. Comencé a escribir en mi cuaderno y, como no podía seguirla, en algún momento le pedía que fuera más despacio.

- Esto me interesa mucho y aquello ya no tanto.

Le decía yo. Seguía mirando ella a sus amigas que, hermosamente estaban como fundidas y decorando los paisajes del valle de los abetos. A la derecha nuestra y, sobre un voluminoso peñasco, se veía sentado el ancianito. También él interesado frente a las aguas del río.

La corriente del río, Sinombre, a veces es tan hermosa y encierra tanto misterio que hasta da miedo mirarla de frente o concentrarse en ella. Y esto es lo que a mí me iba pasando según escribía en mi cuaderno y escuchaba el relato que la niña me iba desgranando. La corriente del río, y más la de este singular valle de los abetos, a mí siempre se me antoja preñada de un gran misterio. Como si ella fuera el símbolo de lo más esencial de nosotros los humanos. Porque el silencio de la corriente del río, la transparencia de sus aguas, su decisión firme de seguir el rumbo al encuentro del destino, su fortaleza y fragilidad y su juego con la hierba y los colores del cielo, su inalterada personalidad a la vez que regala vida y abre camino al futuro, todo esto a mí siempre me ha parecido mucho más perfecto y bello que la vida de nosotros los humanos. Y la corriente del río del valle de los abetos esta tarde estaba aquí entre nosotros como apoyando nuestro juego y sueño. Le dije a la niña, ya que había pasado un buen rato y el sol caía y yo tenía escritas más de tres páginas y media:
- Lo fundamental y el mensaje y el misterio yo creo que lo he recogido ya. No quiero ahora hacer ningún comentario. Déjame que lo asimile bien y, en otro momento, comentamos y te cuento.

Se levantó la niña de su asiento, me dio un beso y las gracias, se fue para donde tú pastabas, te acarició entre tus dos grandes orejas, acarició también a su caballo Enebro, cruzó la

pradera, se encontró con el ancianito, lo saludó cariñosamente y ya se fue derecha al encuentro de su amiga Valeriya. Según se acercaba a ella la iba saludando y decía:

- Quiero estar con vosotras ahora que todavía puedo.

Ella la recibió con una amplia sonrisa y yo me alegré, una vez más, de la figura y expresión tan dulce y bella que, las tres amigas de la niña nuestra, dibujaban sobre la tarde, la transparencia del río y la quietud del valle.

Y en esta mañana del día veinticuatro de diciembre, en la Cabaña de Piedra, ahora yo me levanto despacio para no despertarlas a ellas. Avivo el fuego echándole ramas y troncos secos y algunas piñas y tallos de romero. Salgo fuera y te busco a ti y a Enebro. Al verme en seguida me saludáis con vuestras significativas miradas y a ti te digo:

- Vente por aquí conmigo corriendo que alguien nos está llamando por entre el bosque de los abetos. ¿No oyes la dulce música que resuena en este amanecer tan quieto?

Y me haces caso. Los dos juntos y también el caballo Enebro nos vamos por la senda que atraviesa el bosque de los abetos. Ya se ve algo porque el lucero del alba se ocultó y el sol viene por las cumbres apareciendo. Está hoy el día nublado y el aire quieto. No hace mucho frío pero sí parece, por el color de las nubes, que en cualquier momento puede empezar a llover. Te vuelvo a decir:

- Como la Navidad del año pasado ¿te acuerdas Sinombre? Si hoy o esta noche nieva sobre el bosque de los abetos y por el río y el valle verás qué bonito se pone todo y verás qué escenario tan delicado para lo que esta noche celebramos.

Y justo al pronunciar estas palabras suena otra vez la música por entre la espesura. Remontamos un puntalillo y vemos las blancas ovejas del pastor. Te digo como susurrando:

- Me parece a mí que por aquí se encuentra el pastor amigo nuestro. Y creo que él nos está llamando haciendo sonar su flauta de caña para que vengamos a su lado. Nos prepara un bonito encuentro para que sea doblemente mágica la Navidad que soñamos.

25 de diciembre: El regalo de la Noche clara

Amanece este día de Navidad y todo parece nuevo. Llovió ayer por la tarde un poco, solo para que la tierra y la hierba se mojaran, y luego ya no llovió más. Las nubes se quedaron cubriendo el cielo hasta que, a media noche, dejaron ver el brillo de las estrellas. Justo a media noche cuando todo estaba en silencio y nosotros acurrucados al calor de la lumbre en la Cabaña de Piedra.

Al caer la tarde del día de ayer los del Cortijo de la Viña vinieron y, cuando ya se hizo de noche, yo avivaba el fuego. Para que la estancia estuviera caldeada y para que a ninguno de nosotros le faltara el rescoldo y el consuelo. Y se puso la madre de la niña a preparar la cena para todos los del Cortijo de la Viña, para el ancianito, para el niño del río, para la niña y sus tres amigas y para ti y para mí. Anoche todos estábamos reunidos en la Cabaña de Piedra que se mira en las aguas del río para celebrar la Navidad de la manera que sabemos. Y desde la cabaña, allá al fondo y lejos, se veía el resplandor de las luces de la ciudad de Granada. Y, en algunos momentos, hasta se oían los estampidos de los cohetes que por las calles de la ciudad explotaban.

Y van a dar las doce de la noche y seguimos acurrucados junto al fuego comiéndonos unas migas y charlando. Sin más algarabía ni más celebración que el sentirnos amigos abrazados por el silencio y el viento. La niña le cuenta cosas a sus amigas y el ancianito les parte nueces y yo avivo al fuego y, a ratos, miro por la ventana por si te veo. Sé que tú y el caballo Enebro andáis libres por la pradera comiendo los alimentos frescos que han brotado de la tierra. Y de pronto, cuando van a ser las doce en punto, fuera se oye un ruido. Miramos por la ventana y todo el gran bosque de abetos aparece iluminado con una luz muy clara. Dice el ancianito:
- Es en el centro de la noche cuando la luz debe brillar más pura.

Y le pregunta Valeriya:
- ¿Por qué en el centro de la noche?
La niña me mira y al mirarme yo en sus ojos veo en ellos lo que ella tiene estampado en lo más limpio de su corazón. La imagen de sus tres preciosas amigas y el resplandor transparente del bosque de los abetos. Creo que ella sabe lo que va a ocurrir esta noche aunque no es consciente de ello.

Y justo ahora se abre la puerta de la cabaña. Yo lo sabía pero a nadie se lo había dicho. Ayer, cuando por el bosque resonaba la dulce música que nos cautivaba, nos encontramos con el pastor de las montañas. Nuestro amigo especial que, junto a la lumbre, cuidaba de sus ovejas y tocaba su flauta. Me dijo, cuando le pregunté:
- Para ir preparando el corazón para la llegada de la noche clara.
Y yo me alegré mucho verlo y oírlo y él lo mismo. Le dije:
- Ya hace casi un año que nada sabemos de ti y fue bonita y especial la celebración de la Navidad del año pasado en la Cueva del Belén. ¿No te acuerdas?
Dio respuesta a esta pregunta mía y luego me comunicó lo que a las doce de la noche ocurrió. Por eso, cuando a las doce en punto se abrió la puerta de la Cabaña de Piedra y lo vi entrar, yo ya lo sabía. Y sabía que llegaba, que venía a encontrarse con nosotros, para celebrar la Navidad juntos y para traernos su zurrón repleto de

lo mejor de él, de su rebaño y de sus sueños. Al verlo saltó la niña de su asiento y se le abrazó al cuello diciendo:

- Sabíamos que volverías y has escogido el mejor momento.

Fuera el bosque seguía llenándose de claridad cada vez más inmaculada. Preguntó Valeriya:

- ¿Qué está ocurriendo?

1- La Presencia del pastor

Se descolgó el pastor su zurrón y lo puso delante de nosotros junto al fuego. Lo rodeamos muy interesados y esperábamos con impaciencia que lo abriera. En este mismo momento sentíamos como si alguien invisible y muy grande nos estuviera susurrando al corazón que el pastor traía en su zurrón un regalo excepcionalmente especial.

Despacio abrió él su zurrón de cuero y, lo primero que sacó, fue una sencilla imagen de madera de álamo. Nos la mostró diciendo:

- Mientras mis ovejas pastaban por la cañada de los manantiales la fui tallando para vosotros. Es San José, para el portal de esta noche clara.

Y se lo dio a la niña. Con cuidado lo puso ella junto a las naranjas y las ramas secas que teníamos en el rincón, a la derecha del fuego. Sacó el pastor una imagen más pequeña y más perfecta de su bolsa vieja y también se la alargó a la niña diciendo:

- Para que vayas completando el misterio de esta noche en el portal de Belén. Es la Virgen que también yo he tallado mientras mis ovejas pastaban por los prados.

Con más devoción volvió a coger ella la imagen que el pastor le entregaba y la puso entre las ramas frente al fuego. Y miraba al amigo diciendo:

- Me gustan mucho. De verdad te lo agradezco.

Y en este mismo instante sacó el pastor de su zurrón un nuevo regalo. La imagen de un niño pequeño tallado en madera vieja. Aclaró mientras la mostraba:

- Lo he tallado de una rama añeja del roble viejo que, el año pasado por estas fechas, derribó la nieve en el bosque espeso. Y lo he tallado pensando siempre en vosotros y en este momento.

Se lo ofreció también a la niña y ésta lo cogió delicadamente con sus manos de seda y decía al mismo tiempo:

- Es el mejor regalo que nunca nadie me ha hecho. Lo voy a poner en el pesebre junto a la Virgen y San José y la leña seca y las naranjas de la Cañada del Agua y el calor del fuego para que se caliente.

Pero la niña lo primero que hizo fue acercar a sus labios tiernos la dorada imagen tallada en madera de roble viejo y sobre ella dejó un beso. Se lo aproximó luego a su amiga Valeriya y le dijo:

- Bésalo y mientras lo haces pídele al cielo lo que yo, para ti, le estoy suplicando cada día a este niño bello.

Dulcemente lo besó ella y vi yo que era un mimo tan tierno que me pareció una bocanada de incienso que se la robaba al mismo aire. Y seguí viendo yo como su cara se transformaba en colores de rosa y caramelo mientras cogía la talla entre sus blancas manos y la acariciaba diciendo:

- Que este niño nos llene el corazón de lo mejor de todos los humanos de este suelo. Y que me bendiga a mí y a ti y a todos los que quiero.

Y luego le dejó ella la estatuilla a su amiga Gelena y le decía:

- ¡Bésalo tú también verás qué bueno!

Y Gelena, la más alegre de las tres muchachas rusas y la más limpia y de pelo negro, posó sus labios sobre el color caramelo de la estatuilla mientras decía:

- Todo parece como un sueño que llena el alma de paz y da consuelo.
Cogió ella en sus manos al niño y se lo alargó a su amiga Julia, la tercera muchacha de este grupo de amigas de la niña, a la vez que le decía:
- También dale tú un beso verás que sabor más dulce y qué cosquillas deja dentro.
Los delicados labios de Julia la rubia, se durmieron en las piernecitas del niño de caramelo y ella no dijo nada. Solo miró a la niña nuestra. Pero yo lo vi: de sus ojos brotó una lágrima que cayó al suelo. Me acordé en este momento de la lágrima que también vi brotar de los ojitos de la niña aquella mañana junto al río. Aquella lágrima y esta de Julia eran semejantes a una perla fina arrancada al mismo viento que, pasando por el corazón, resbalaban y caían al suelo. Nadie dijo nada frente a la lágrima de Julia pero la niña nuestra cogió la estatuilla de roble añejo y la puso entre la leña, junto al fuego y junto a la imagen de la Virgen y la de San José. Se levantó luego y miró al pastor diciendo:
- ¡Gracias desde lo más sincero de mi corazón! Te quiero y esta noche más que nunca. Sabía que vendrías. Por todo esto y por mucho más también para ti otro beso mío y todo el amor que en mi alma tengo.

Y yo vi como se abrazó al pastor y, no le dio un beso, sino ciento. Tantos que parecía quedarse para siempre sobre la tez morena de su cara de pastor bueno.

Fuera, el bosque de los abetos, se había transformado como en millones de cristales de hielo. Blancos y transparentes cristales que reflejaban la luz de las estrellas colgadas en el cielo y la luz de la luna y la limpieza del viento. Miró la niña al ancianito y dijo:

- Tu sueño se hace real. En el valle los abetos son transparentes y el río todo es hielo. ¡Qué momento más bonito estoy viviendo!

Y se abrazó ella a sus tres amigas rusas. Y mientras las achuchaba contra su cara y corazón las besaba con besos de miel y fuego y les decía:

- No os vayáis nunca de mi lado ni despreciéis el limpio cariño que os tengo. Tu Julia, tu Gelena y tu Valeriya, quedaros para siempre conmigo y estos amigos que tengo. Sois lo mejores personas que nunca he conocido. Os quiero y por eso os repito: no me engañéis nunca ni despreciéis la amistad que os ofrezco. Que la Navidad que yo siempre he soñado es esto que ahora mismo estoy viviendo. En ninguna otra parte del mundo ni de este suelo puede haber más riqueza ni más verdad ni más gozo ni más consuelo que en la sencilla realidad que ahora aquí está latiendo.

Y así, tal como tenía a Valeriya abrazada entre sus manos y besos, le preguntó:
- ¿Dime que nunca vais a engañarme ni a dejar de ser amigas mías y menos por joyas o por dinero?
Me miró Valeriya y yo miré a mi cuaderno. Ella no sabía que escrito en él yo tenía el sueño que la niña nuestra me había contado hacía tan solo unos días. Y mi cuaderno estaba, pegado a las ramas y las naranjas y el niño color caramelo y entre los mensajes o secretos que ellas habían escrito la tarde antes cuando el ancianito nos propuso el juego. También, entre estas hojas dobladas y escritas para este momento, se veía la página en la que había escrito, nadie sabía qué, el ancianito.

2- El mensaje del ancianito

Me miró él a mí y, en este momento, de su banco de madera, se levantó. Miró a la cuna donde la niña había posado la estatuilla del niño y acarició con sus ojos mi cuaderno y los mensajes que esperaban en el suelo. Frente al fuego y frente a la imagen del niño de caramelo habló el ancianito despacio y diciendo:

- Es esta una noche especial en toda la Tierra. En muchas ciudades del mundo ahora mismo arden millones de luces y truenan cohetes y hay estrellas relucientes y arbolitos de plástico de colores y belenes de cartón con pastores y ovejas de barro. En muchas casas de la Tierra ahora mismo las personas están reunidas junto al fuego o al brasero. Como nosotros en este momento. Dándonos compañía unos a otros y compartiendo dulces, frutas abrazos y besos. Alegrándose como nosotros y celebrando lo que esta noche parece repartir en secreto. Es una noche ésta llena de buenos deseos, de tiernas sonrisas, de ilusión y de amor tierno. Y yo siempre me he preguntado, desde que vivo en este suelo, por qué sucede todo y a tantos humanos en esta noche del silencio. Y ahora que estoy aquí con vosotros, rodeado y cuidado por vuestro cariño, me pregunto y os pregunto: ¿por qué nos sucede a los humanos lo que esta noche a tantos nos estás sucediendo?

Y por unos segundos guardó silencio el anciano. Miraba a las llamas que en la lumbre danzaban y parecía meditar. Valeriya miró a la niña y ésta me miró a mí. El pastor acariciaba entre sus manos al blanco corderillo que también nos había regalado. Y los del Cortijo de la Viña, todos en silencio, se acurrucaban al calor de la lumbre. Gelena fue la que rompió el silencio y, chapurreando su especial español, dijo resuelta:

- Yo creo que lo que tú preguntas sucede por las fiestas que en estos días celebramos. Es un acontecimiento histórico que ocurrió hace muchos años y, desde entonces, las personas que tienen buenos sentimientos, lo estamos conmemorando.
No dijo nada a estas palabras el ancianito. Pero sí se animó Valeriya y, con las manos de la niña entre las suyas, expuso ella:
- Es lo que ha comentado Gelena y porque también esta fiesta es muy tierna. El nacimiento de un niño siempre es algo muy precioso y, en este caso, como se trata del Hijo de Dios, todavía es más grandioso.
Y expuso su opinión luego Julia y después la niña nuestra y luego algunos del Cortijo de la Viña. Yo guardé silencio y escuchaba y meditaba y pensaba en ti que, en medio del campo y con Enebro, estabáis empapados de rocío. Más arriba y, entre el bosque de los abetos transparentes, se oía el balar de las ovejas del pastor que nos daba compañía.

Habló de nuevo el ancianito y expuso:
- Y sin embargo, en esta noche, muchas personas están tristes y se sienten solas a pesar de encontrarse acompañados como nosotros. Y es porque ciertamente en esta noche sucede algo extraño. Los humanos nos felicitamos entre sí y nos concentramos y compartimos comida y música y alegrías a la vez que nos sentimos solos y añoramos a los que no están. Como si nos

sucediera que, en el fondo, nada de lo que con nosotros tenemos, fuera lo que de verdad necesitamos. Y esa es la verdad y la razón última por la que tan ansiosamente esta noche nos reunimos y abrazamos y felicitamos. Los humanos, todos y en todas las partes del mundo, nos sentimos solos, faltos de cariño, sin amigos, sin hermano, desvalidos. Y eso es lo que todos, en esta noche tan especial, buscamos y nos decimos y celebramos. Nuestro deseo, nuestro gran deseo de sentirnos amados por éste, por aquél y el que está más lejos y el que no conocemos. Y todo lo demás, la música de esta noche, los dulces, la algarabía, las luces y los colores es como una expresión del gran deseo y necesidad que en el corazón llevamos. Así que esto es lo que pienso y, de la mejor manera que sé, os lo he explicado. Que ojalá nos sirva a nosotros para conocer lo que es de verdad valioso entre tanto y que sepamos escoger la parte sustanciosa y no la otra. Lo resumo: nos necesitamos y necesitamos el cariño de unos para con los otros y necesitamos a los amigos y a los hermanos. Esta es la gran verdad y es lo que, en el fondo, esta noche y en todo el mundo, celebramos.

Guardó silencio el ancianito y nosotros nos quedamos callados. La niña nuestra seguía mirando a Valeriya y yo vi como con sus miradas le decía: “¡Hermana mía, si tú supieras cuanto yo

te estoy necesitando y si supieras cuánto agradezco tu compañía y los latidos de tu corazón tierno…!”

3- La lista de amigos del ancianito

Lo que el ancianito había escrito en la tarde del día veinticuatro cuando, junto al río jugábamos el juego, estaba ahora entre las demás hojas de papel y mi cuaderno. Por entre las ramas secas y los pies de la estatuilla que el pastor nos había regalado. Una hoja de cuaderno escrita solo por una cara pero con letras firmes y bellas. Todos mirábamos, en este momento, al ancianito y, vimos como se acercó al niño estatuilla de palo, se agachó, cogió de entre las ramas su papel con el mensaje, se levantó y de nuevo y dijo:

- Desdoblo y leo mis recuerdos, mis deseos en esta noche, algunas de las cosas importantes que siempre llevo en mi corazón y quiero tener presentes en estos momentos.

Dijo la madre de la niña, con ésta entre sus brazos y acurrucada en Valeriya:

- Lee tu mensaje que ya estamos todos preparados porque intuimos que será muy importante.

Y sin más, estiró el papel y leyó el ancianito:

“Lista de las personas que a lo largo de mi vida han sido importantes para mí, porque las metí en mi corazón y ahí las he amado con lo mejor de lo que soy. Casi ninguna de estas personas me dio lo que yo había soñado, casi ninguna me quiso a mí, pero como yo sí las he amado, las tengo siempre presentes y, en esta noche, más. Porque quisiera que todos ellos ahora estuvieran, esta es la lista con sus nombres:

* Lolita, de Almería. La conocí de pequeña y nunca pude decirle que la quería pero desde hace cincuenta años en mi corazón permanece viva.
* Ana, de Córdoba. Tenía ella dieciocho años cuando le pedí que fuera mi amiga y no quiso o no supo. Desde entonces no la he olvidado y la llevo conmigo.
* Grisel, también de Córdoba. Y que tampoco quiso ver ni coger mi mano tendida de amigo.
* Naty, de Cazorla. Esbelta ella como los altos pinos de aquellas sierras. Fue también un secreto que llevé en mi corazón y de ahí nunca se me murió.
* Tíscar, de Segura de la Sierra. Sincero sueño lleno del mejor perfume aunque solo estuvo a mi lado mientras pudo coger de mi algo. No me importa y por eso jamás la olvido.

Y ya no hay más aunque sí pero no tan importantes. Así que para los primeros y para estos segundos y para todos vosotros, en esta noche especial, mi cariño sincero. Decido, con pleno conocimiento de lo que hago y quiero, que todos estéis aquí presentes en estos momentos. Yo bien lo sé y lo tengo claro: ni aquí ni allí ni en ninguna otra parte del tiempo, existe algo que merezca la pena. Solo es valioso y, para siempre queda, aquello que se ha amado con fuerza: los sueños puros y el amor que les hayamos dado a los que decidimos meter en el corazón. Todo lo demás pasa y se pierde para siempre como el humo que se lleva el viento. Y ya termino. Aquí, en este sencillo papel lo he puesto y dejo reflejado y lo traigo al centro de esta noche porque lo considero valioso por encima de todo lo de este suelo. Este es mi secreto y mensaje y sueño que he querido compartir con vosotros mis amigos. A todos y a los que no he nombrado, os quiero".

4- Revelación del sueño de la niña

La niña me miró y yo miré a mi cuaderno. Comprendí que había llegado el momento de leer lo que en él tenía escrito. Ella mismo recogió el bloc de entre las ramas del portal y me lo alargó diciendo:

- Toma, ábrelo y revélales a mis amigas y, a todos los aquí presentes, lo que yo he visto en mis sueños.

De sus manos cojo el cuaderno, lo abro y, antes de leer nada, aclaro:

- Es necesario que sepáis y, sobre todo vosotras amigas especiales de esta niña nuestra, que lo que voy a leer ha ocurrido solo en sueño. Ella lo ha visto mientras dormía y me lo ha contado a mí para que hiciera un juicio y viera. Y lo que yo he percibido es que, aunque sea sueño, debéis conocerlo vosotras porque su mensaje es bueno. Puede ayudaros mucho en vuestras vidas y, sobre todo, puede orientaros a ser buenas personas y a escoger siempre lo mejor y no cualquier cosa. Así que, el mensaje que tiene estos sueños de la niña es importante y valioso para vosotras. En nada os ofende sino que ayuda y orienta. Y ahora ya leo lo que tengo escrito en mi cuaderno, porque ella me lo ha contado.

Abro el bloc, me pongo de espaldas al fuego y mirándolas a ellas y despacio doy comienzo y desgrano:

“Llegó la Navidad y en mi sueño yo vi que un día, el hijo de Serafín, le dijo a Gelena:

- He hablado con unos amigos que tengo para que, unos de estos días de fiesta y vacaciones para vosotras, podáis ir a su casa a convivir y comer con ellos. Es una familia muy buena que quiere compartir con vosotras sus cosas, la hospitalidad y el valor de estas fiestas. Como os habéis quedado solas en la Residencia Universitaria de Cartuja y estáis lejos de vuestro país y familia,

quizá os guste sentir el calor de las personas buenas y comer con ellos y aprender de estas tierras y sus personas. ¿Qué te parece la idea? ¿Os gusta y estáis dispuestas?
Y Gelena dijo que sí, que ellas querían vivir esta experiencia y que era buena la idea. Y justo el día veintinueve de diciembre, por el mediodía, mis tres amigas, eran recogidas en coche lujoso, por Felipe, el hijo de la familia que les invitaba a su casa.

Felipe es un muchacho muy agraciado, culto porque tiene tres carreras, habla perfectamente el ruso y ya da clase en la universidad y se prepara para del título de doctor. Comieron mis amigas en la casa de los amigos de Serafín y, por la tarde, a la siete y media, Felipe las invitó a dar una vuelta por los sitios, calles y rincones de Granada. Aceptaron ellas y al final de la noche quedaron para encontrarse y pasar juntos el fin de año. Ellas de nuevo aceptaron muy fascinadas ya por Felipe y fueron a la fiesta de Noche Vieja. A las campanadas del Ayuntamiento de la ciudad de Granada y luego a las discotecas, como tantas personas jóvenes en estas fechas. Y al día siguiente, ya por la tarde, yo esperé a mis amigas en este Cortijo de la Viña y no vinieron. Tampoco un días después ni al otro ni al otro. Me preocupé mucho por el cariño que a estas tres muchachas ya les tengo. Pero al cuarto día hablé con una de ellas y le pregunté:

- ¿Por qué no queréis venir a mi cortijo a jugar conmigo y a disfrutar del cariño de mi madre?

Y me respondió diciendo:

- Ahora tenemos a un amigo mucho más interesante que vosotros. Es guapo, culto, posee un lujoso coche, mucho dinero y nos invita a comer en restaurantes caros y nos los pasamos bien con él. Lo tuyo y todo lo vuestro nos resulta aburrido y, además, ni tenéis coche de lujo ni casa hermosa ni joyas que es lo que más nosotros buscamos y queremos.

Y le dije:

- Pero yo deseo ser amiga vuestra y, bien sabéis, que sinceramente os quiero. Mi madre siempre me ha dicho a mí que en la vida no hay que ir buscando a las personas y menos a los amigos por el interés o porque tengan coches lujosos o mucho dinero. Que lo importante es encontrar y tener amigos buenos y que te quieran y respeten por lo que eres y no por las cosas materiales que tengan.

Y esta amiga mía, una de las tres, me volvió a decir:

- Pero nosotros hemos venido a España con el plan de aprovecharnos todo lo que podamos de todo y todos lo que por aquí encontremos. Lo que buscamos es pasarlo bien y encontrar chicos con mucho dinero para engañarlos y conseguir el fin que pretendemos.

Y yo ya no le dije nada más a mi amiga pero me quedé triste. Pensando en ellas y en lo mal que se comportaban conmigo y con todos los de este Cortijo de la Viña a pesar de lo mucho que aquí todos las queremos. Pasaron los días y ellas por aquí ya no volvieron y yo seguía triste. No comprendía por qué estas tres muchachas rusas, de la noche a la mañana, dejaron de ser mis amigas y me traicionaron por un muchacho joven, opuesto, con lujoso coche y con dinero. Y al preguntarle a mi madre ella me decía:

- Hija mía, en la vida nunca hay que comportarse del modo que lo hacen estas tres muchachas. Esta actitud y este proceder es deshonesto, injusto, interesado y poco noble. Procediendo de este modo no se hacen bien a sí mismas sino todo lo contrario: que las personas, cuando se den cuenta que no van por la vida con nobleza, se aprovecharán de ellas y las utilizarán de mala manera y luego las dejarán tiradas en cualquier lugar. Y de este modo habrán perdido ellas su dignidad y su honradez, que es lo más valioso que los seres humanos tenemos en esta tierra. Una mujer ha de ser siempre sincera, noble, hermosa por fuera y por dentro pero sobre todo, limpia de corazón y amante de lo bueno. Y tus amigas no practican esto.

Y le preguntaba yo a mi madre:

- ¿Pero por qué se comportan de este modo y nos dañan a nosotros si saben que las queremos y las tratamos con respeto y

tienen todas las puertas abiertas de este cortijo nuestro y de tu corazón y del mío?
Y me respondía mi madre:
- Quizá se den cuenta de su mal proceder y vuelvan antes de que sea tarde.

Y este es el sueño que se me ha representado tres veces ya. No quiero creérmelo ni de modo alguno deseo que se haga realidad. Pero como yo a estas tres muchachas las quiero, lo que en este sueño veo, me deja triste. Tengo miedo que un día sea verdad y, aunque quisiera decírselo a mis amigas para ayudarles, no sé cómo hacerlo. No me gustaría que ellas se sientan ofendidas porque interpreten las cosas de forma distinta a como yo quiero y son. Por eso te lo he contado a ti. Escríbelo claro en tu cuaderno y, cuando se nos presente la oportunidad y sea un buen momento, se lo contamos con mucho tacto para que no se ofendan. Yo no quiero humillarlas ni dañarlas sino que deseo ayudarles para que nunca hagan lo que he visto en mis sueños”.

5- El mensaje de las tres amigas rusas

De vosotros aprendemos

el lenguaje de la lluvia,
la pureza del rocío,
del viento, la música
y la canción del río
en la tarde muda.

Así que tranquilos,
que a nosotras nos gusta
tener amigos
que sean amigos de la lluvia.

Con estas sencillas y contundentes palabras, Valeriya empezó a leer lo que, en su papel, las tres amigas de la niña tenían escrito. Y lo leía así tal como estaba recostada en los pies de la madre y entre las manos de la niña. Dulcemente nos miraba ella, con la ingenuidad y ternura de sus ojos pequeños, y miraba a las llamas de la lumbre y nos pedía permiso para continuar leyendo. En nombre del ancianito, de nuestro amigo el pastor, de la madre, de los del Cortijo de la Viña, del tuyo y de Enebro y del mío, la niña le decía:

- Lee tu mensaje que te escuchamos todos interesados.

Pero antes de seguir leyendo ella aclaró, en su peculiar acento ruso pero en español, lo siguiente:

- No podemos expresarlo claro porque, como bien sabéis, aun no hablamos bien el castellano. Lo estamos aprendiendo y por eso vivimos ahora aquí en España y en la Universidad de Granada. Y para superar esta dificultad se nos ha ocurrido una pequeña historia que a mí me contaban cuando era niña. Creo que podéis entenderlo porque es muy sencilla. Escuchad que os leo:

"En un lugar de la Tierra, nadie sabe todavía dónde pero sí entre montañas, ríos y valles, vivía un grupo de personas. Hace de esto mucho tiempo y por eso estas personas eran libres y dueños de aquellas tierras que cultivaban y de ellas sacaban sus alimentos. También de aquellas tierras y valles y ríos y manantiales obtenían la armonía y el gozo y la libertad que reinaba entre ellos. No tenían ni más riquezas ni más tesoros que las laderas tupidas de bosques y los profundos silencios que se oían por las noches.

Y eran ellos felices hasta que un día, otros hombres con más conocimientos, sabios y poderosos, se asomaron por allí. Los miraron desde lejos, los observaron despacio y a los pocos días les dijeron:

- Nosotros queremos enseñaros a vosotros a leer y a escribir y queremos daros otras casas y alimentos, si nos dais a cambio vuestras tierras. Tanta hermosura y libertad como tenéis aquí no

sabréis nunca disfrutarlo en su totalidad mientras no seáis personas cultas como nosotros.

Y les dijeron los del valle:

- Desde tiempos inmemoriales hemos aprendido de los pájaros y de los árboles y de las flores y de los ríos y de los manantiales y del silencio y por eso sabemos todo lo que necesitamos.

Y respondieron los sabios:

- Lo que decís son tonterías. Lo único valioso es lo que se aprende en la universidad y en los libros y recorriendo mundo y visitándolo museos. Si no os venís con nosotros libremente y nos dais las tierras os obligaremos a la fuerza. Escoger a ver si, con vuestra ciencia, distinguís y os quedáis con lo mejor.

Y les dijeron nuevamente los del valle:

- Dejadnos tres días para pensarlo.

Los sabios así lo hicieron. Tres días más tarde volvieron y a todos los encontraron sentados frente a los bosques y los ríos y los manantiales y en silencio como meditando. Les preguntaron otra vez los cultos:

- ¿Qué estáis haciendo? ¿Acaso deliberáis para saber que es lo correcto?

Y los de los valles les contestaron:

- Estamos reunidos y escuchamos lo que nos dice el silencio. Venid aquí a nuestro lado y participar vosotros también de esto.

Pero los sabios volvieron a preguntarles:

- ¿Habéis decidido ya si vais a entregarnos estas tierras libremente o tendremos que emplear la fuerza? Porque nos parece a nosotros que vuestro modo de proceder no es muy sabio. ¿A caso no queréis ir a la universidad para aprender las cosas con fundamento?

Contestaron los de los valles y amigos del silencio y las flores y los pájaros:

- Todo lo tenemos ya muy claro: cuando vosotros aprendáis el lenguaje del silencio para saber discernir lo que gritan estos valles y el viento iremos nosotros a donde queréis llevarnos.

Y de nuevo dijeron los cultos:

- Otra vez estáis diciendo tonterías. Aquí los que necesitan aprender sois vosotros. El silencio nunca habla ni hablan los bosques ni los ríos ni las flores. Y aprender este lenguaje no podremos mientras no sean nuestras las tierras. Ahora mismo os obligaremos a marcharos para siempre de estos lugares. Nos pertenecen porque somos más cultos y más sabios. Haremos de ellas lo que vosotros no sois capaces.

Y cuenta la historia que las personas de aquellos valles fueron apresadas a la fuerza y llevadas la cárcel por ser rebeldes.

Y dicen que iban ellos llorando y mientras, de aquel paraíso suyo los alejaban, vieron como los cultos prendían fuego a los bosques y se llevaban el agua de los manantiales a las ciudades. Y poco tiempo después construyeron por allí muchos edificios, trazaron carreteras y levantaron monumentos a la paz y a la libertad y a la belleza. Pero entre aquellas personas nadie hizo ni dijo nada para aprender y conocer los secretos y lenguaje de los valles, de las plantas y de las aves. Y cuando pasó mucho tiempo sí algunos dijeron que había que volver a las primitivas formas de vida para llegar a saber los secretos que guarda el silencio. Y siguieron diciendo que esto era más importante que lo que se enseña en las ciudades, en las escuelas y en las universidades y que había que practicarlo para rescatar el puro gozo primero de las cosas sencillas y limpias. Pero desde aquellos día nadie ha sido capaz de aprender la ciencia primitiva de las personas que fueron echadas del valle de los sonidos del silencio y la música del río y la canción del viento. Y desde entonces andamos todos los humanos queriendo aprender, porque necesitamos, lo que se perdió para siempre con aquellos últimos que escuchaban el lenguaje de los bosques, del río y de los pájaros".

Y a terminar de leer este relato Valeriya guardó silencio. Nos miró y dejó que pasara un rato. Luego habló y dijo, en nombre de las tres amigas de la niña:

- Como las personas de aquel valle del relato que os he contado ya no hay nadie más que vosotros en este mundo. Y, por eso, lo que queremos es decir que con vuestra amistad y compañía nosotras estamos aprendiendo el lenguaje y la esencia de la hierba y de los ríos. Queremos seguir siendo vuestras amigas porque sois más importantes que otras muchas personas y cosas. Tanto así lo creemos, que somos afortunadas de que nos tengáis aquí entre vosotros porque nos gusta mucho lo que nos estáis enseñando. Os estamos muy agradecidas por vuestro cariño y por eso queremos que seáis, ahora y para siempre, nuestros amigos.

6- El Valle de los Abetos de Cristal

Justo en estos momentos, fuera y desde el centro de la noche, te oímos a ti rebuznar. Un rebuzno alborotado y potente que retumba por el valle y hace temblar los árboles. Y por encima de tus roznidos se oyen también los relinchos del caballo Enebro. Como si estuviera asustado de algo o como si apoyara tus

rebuznos o como si, a coro, nos estuvierais llamando. Y al oírte yo a ti me entra, por un lado, un poco de miedo y, por otro lado, curiosidad. Veo a la niña que salta de su asiento, me mira inquieta y sin más me dice:
- Nos están necesitando. Vamos corriendo a su ayuda a ver qué les pasa o qué está pasando.
También el pastor y el ancianito y los del Cortijo de la Viña nos miran inquietos. Las tres amigas de la niña, no te conocen mucho todavía ni a Enebro y por eso, apenas se intranquilizan.

El pastor es el primero en acercarse a la puerta de la Cabaña de Piedra. Le sigue la niña y detrás el ancianito. Y, en estos momentos en la estancia, la luz de las llamas del fuego de la chimenea, dibujan mil fantásticas danzas. Y entre las ramas secas y las naranjas y las piñas viejas y los tallos de romero, parece que juegan y se alegran las estatuillas de madera que nos ha regalado el pastor. Y fuera, en la densa noche que envuelve al valle con sus praderas surcadas por el río y el bosque de los abetos y las laderas, siguen retumbando tus rebuznos. Y, al abrir la puerta de la Cabaña de Piedra, nos acaricia una ráfaga de viento fresco, los sonidos de tu voz y la de Enebro, una intensa luz blanca y violeta y la espesa quietud de la noche. El resplandor de la luz casi nos ciega pero no nos hiere en los ojos porque es suave y fina y hasta

parece transmitir armonía y consuelo. Oigo a Valeriya que pregunta:

- ¿Qué está ocurriendo?

Y al instante le responde el pastor:

- Quizá sean mis ovejas que se han asustado, por lo que sea, y me están necesitando.

Y comenta esto él porque su rebaño, a sus blancas ovejas de algodón y seda, también se les oye inquietas. Por la parte alta del valle, donde nacen los manantiales que dan cuerpo al río, se oye el balido del rebaño. Y por ahí mismo, donde ya se espesa el bosque de los abetos, la luz azul violeta, parece brillar con más fuerza. De nuevo comenta Valeriya:

- Mirad lo que por allí está sucediendo.

Y miramos todos interesados.

Y, asombrados, vemos que tú te has vuelto transparente y también el caballo Enebro. Y recorréis el prado pisando la hierba que parece arder con llamas que no son fuego. Tratáis los dos hacia el fondo del valle y al llegar a los abetos también estos se vuelven transparentes, mucho más que lo eran antes. Como en cristales dorados con tonos de caramelo. Se ven las ovejas al fondo y, cada una de ellas y los borregos, parecen como trozos de nubes ardiendo en azul, violetas y celeste. Y de nuevo pregunta Valeriya:

- ¿Vosotros habéis preparado esto para hacernos vivir una noche especial en este rincón vuestro?
Y le decía la niña que no, que todo surgía así de pronto y era nuevo, cuando indicó apresurada otra vez Valeriya
- Mirad para allá arriba.
Miramos para ese lado y, por la amplia anchura de la ladera, vemos todos los abetos ardiendo y no es fuego del que aquí, en la tierra, conocemos. Y más arriba, sobre la misma cumbre de la montaña y como si de ella o del cielo surgieras, te vemos a ti ahora que vienes de vuelta asomando con una gran estrella acuestas. Pero la estrella no descansa toda sobre ti sino que parece que el viento te la viene sujetando para que brille un poco más y a ti no te pese tanto. De nuevo comenta Valeriya:
- Viene como a nuestro encuentro. Pero ¿de dónde trae esa estrella o quien se la ha regalado a este burrito vuestro de seda?
Le responde la niña, como susurrando:
- Es cierto que parece que viene a nuestro encuentro y observad qué luz tan fina siembra por entre los abetos.
Me mira ella a mí y Valeriya me pregunta de nuevo:
- ¿Acaso tú lo sabes todo y habías guardado el secreto?
Y le respondo que sí, que ya me parece saber algo pero que no es ningún secreto. Y a continuación le digo, intentando aclararlo:

- Desde hace mucho tiempo, desde que somos amigos Sinombre y yo y esta niña nuestra, siempre andamos soñando irnos un día a vivir a una de las estrellas del cielo. La hemos observado muchas noches cuando dormíamos en los prados. Y, tanto hemos pensado y deseado irnos a vivir a esta estrella, que hasta le hemos dado nombre y sabemos el color que tiene y cuando se apaga y se enciende ella. Y también sabemos, que tarde o temprano, un día nos marcharemos de esta tierra en un vuelo amplio y suave y nos iremos a vivir para siempre a esta estrella nuestra. Y creo que lo que ahora mismo está pasando, yo no sé decirte cómo, es que este borriquillo chico, mi mejor y único amigo en este suelo, se ha escapado volando al cielo y se ha echado nuestra estrella acuestas y, desde allí, nos la trae para ofrecérnosla de regalo en esta noche tan bella y para que la veáis vosotras. Así que, yo creo sinceramente y en mi corazón, que esto es lo que ahora mismo está pasando.

Todos guardan silencio y seguimos, con la boca abierta, mirando.

Y Valeriya, me pregunta otra vez:

- ¿Pero cómo puede suceder lo que en estos momentos estamos viendo?

Yo le digo que, en ocasiones, algunos de esos sueños grandes que los humanos llevamos en el corazón, a veces son tan profundos y tienen tanta fuerza, que se hacen realidad sin que sepamos de qué manera.

- Es como si fueran milagros que nadie sabe explicar. Y nosotros siempre hemos creído que nuestro sueño se realizará, aunque muchas personas nunca lo crean.

Sobre la misma Cabaña de Piedra y, como colgada del viento, te detienes tú con la estrella acuestas. Y al caer su luz, sobre el techo de la casa, ésta también se llena de transparencia. Y, como en un chorro grueso, mansamente se derrama sobre las tres estatuillas de palo. Parecen arder todavía un poco más y también toda la estancia y nosotros y el valle y el bosque de los abetos y el río y la hierba pero, te repito otra vez, con llamas que no son fuego. Miro a la niña nuestra y, qué sorpresa: la veo a ella toda vestida de luz azul violeta y su cara es mucho más dulce y bella. Valeriya, su amiga querida, sigue comentando:
- A Gelena y a Julia y también al pastor y a la madre y a Serafín se les han transformado las caras y el cuerpo entero. Pero y al ancianito ¿por qué se ha convertido en el resplandor mismo de esta estrella?
Y justo en estos momentos, del centro del valle y también como surgiendo de lo hondo de cada uno de nosotros, una voz dulce surge y expresa con gran potencia:
- Vuestros corazones buenos han transformado la noche, en este valle y esta Cabaña de Piedra, en una luminosa estancia del cielo.

La Navidad, ahora mismo, sois cada uno de vosotros porque la habéis creado y dais fuerza y vida y belleza desde dentro.

Navidad del 2005
Granada, España.